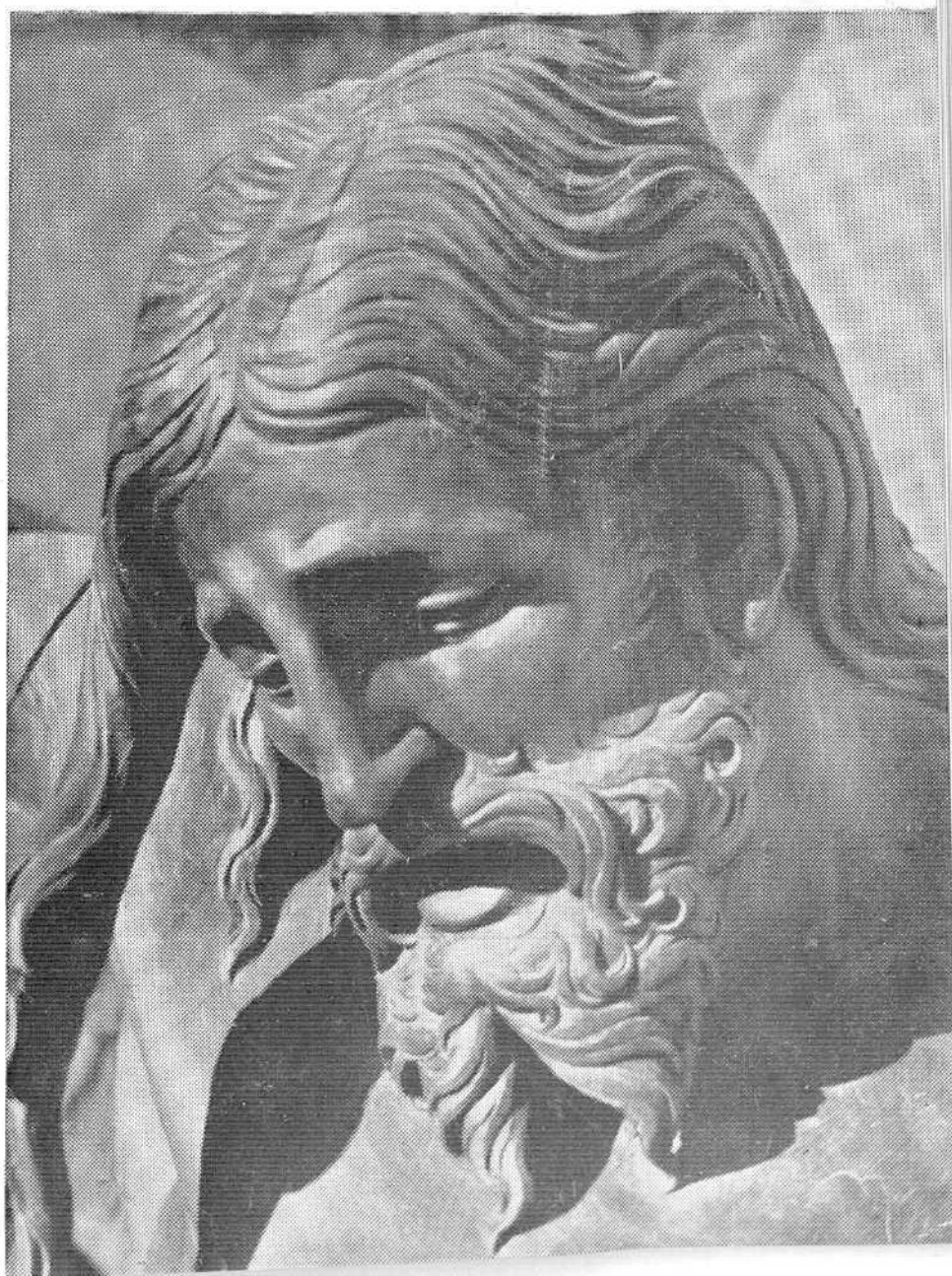


Pasión



Organo
de la Junta Dio-
cesana de Herman-
dades de Semana
Santa de Teruel



Nihil Obstat

Lic. Antonio Górriz
Arcipreste

Proc.

Imprimatur

Fr. León Villuendas Polo

Obispo de Teruel
y Administrador Apostólico de Albarracín

Pasión

6019 **Organo de la Junta Diocesana de Hermandades de Semana Santa de Teruel**

ABRIL 1950



DIRECTOR: JOSÉ GARÍN GARÍN



Número 2

Editorial

La deferente y cariñosa acogida que el año pasado nos dispensaron nuestros lectores, nos obliga a corresponder, no en la medida y grado de nuestros deseos, sino de acuerdo con aquellos limitados medios con que contamos, y la participación de las bendiciones celestiales, que si entonces nos fueron concedidas con larga munificencia, en esta ocasión tampoco nos han sido negadas. Hoy como ayer, tan sólo nos guía el celo por la gloria de Dios, la ambición por la santificación de las almas y el anhelo de servicio permanente e invariable a la Jerarquía Eclesiástica de la Diócesis.

Lo demás, hasta la propia satisfacción personal, está fuera de nuestro ánimo, porque, en la labor de Apostolado, queda todo supeditado al fin, y éste no es de orden terrenal.

No nació «PASION» con fines económicos o de lucro, ni para lucimiento de nadie, sino para ser portavoz y humilde pregonero de la Junta Diocesana de Hermandades de Semana Santa. En este sentido somos copropietarios y accionistas todos y cada uno de los que componemos la legión esforzada que, en vanguardia, siguiendo las instrucciones de nuestro amado Prelado, soñamos con restaurar las cristianas costumbres de nuestros mayores, mejorándolas con un conocimiento exacto de los ritos y ceremonias litúrgicas y una práctica de la piedad digna y varonil.

Como sarmientos, ningún fruto podemos dar, sino estamos unidos a la vid que es Cristo. Como miembros del Cuerpo Místico de la Iglesia, ninguna función podremos realizar sino estamos dócilmente supeditados a la cabeza que rige y gobierna, al Papa, al Prelado, al Párroco.

Sirviendo de corazón a la Iglesia, ponemos de nuevo, lector querido, en tus manos, el segundo número de «PASION», en cuyas páginas has de encontrar muchas enseñanzas en orden al conocimiento de Dios y de su amor a la humanidad,

Leelas con detenimiento, medita sobre todo cuanto ponen a tu consideración los que se hallan investidos de autoridad y magisterio, en materia tan hermosa y sugestiva, y ojalá que la semilla que queremos depositar en tu corazón, no caiga en terreno estéril y pedregoso, sino en el surco fecundo de tu alma cristiana y piadosa.

Te aseguramos una cosecha ubérrima, porque sabemos que cuando se conoce el bien y la verdad, estos son amados con una fuerza irresistible, pues aunque de barro, el hombre tiende hacia Dios, del cual es imagen y semejanza, por poseer un alma inmortal, creada por el sopro Divino del Sumo Hacedor.

Busca la humanidad en estos tiempos calamitosos e inciertos, en la política, en la ciencia o en la posesión del poder y de las riquezas, la solución de los problemas que plantea la difícil y angustiosa hora en que vivimos, y en esta su loca carrera, no puede por menos que dejar al desnudo su insensatez y mostrar torpemente su pertinaz ceguera.

Porque la solución tan solo está en la Cruz Redentora, en la Doctrina que nos legó el Divino Maestro.

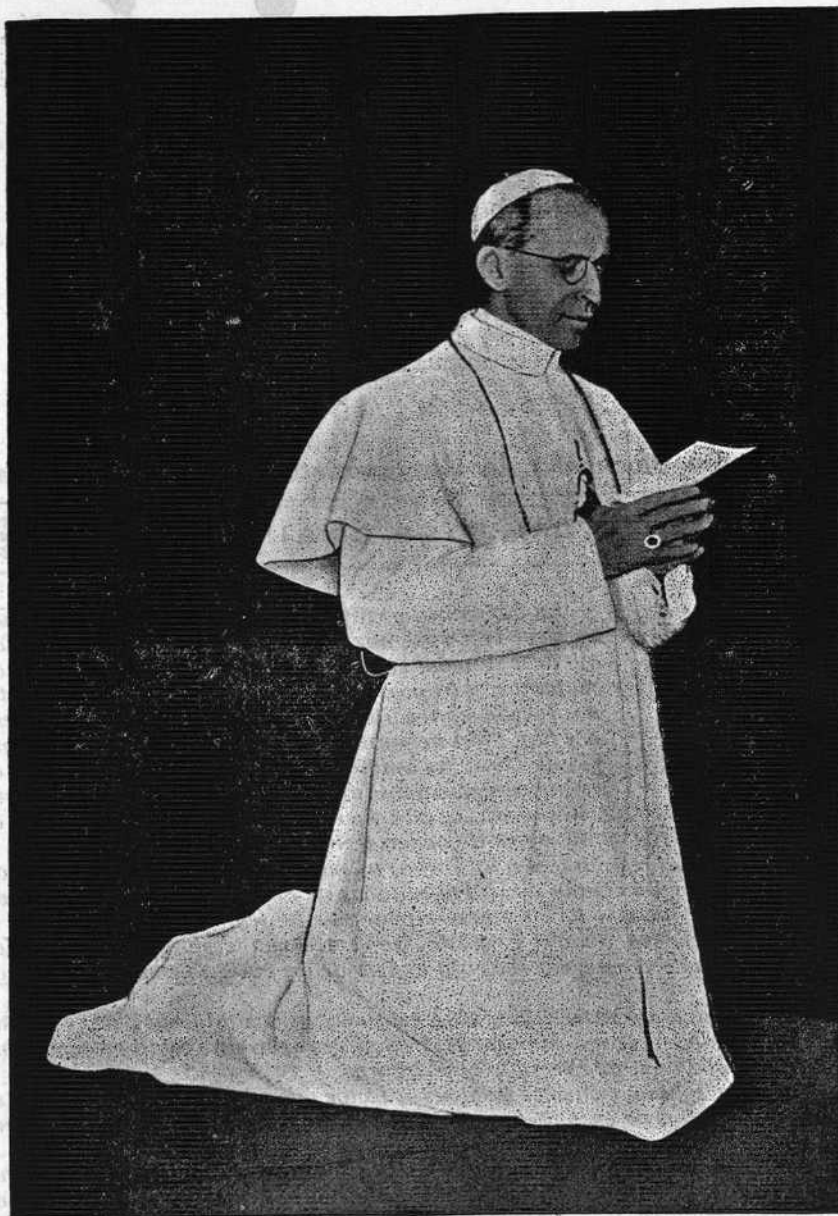
Esta Doctrina Divina, como decimos antes, la hallaréis sabiamente expuesta en las páginas de «PASION». Si os habéis olvidado de orar, y la soberbia os mantiene rígidos y secos, ved al que es Padre de toda la cristianidad orando postrado en tierra en este año de gracia y perdón. El Papa ora por esta humanidad descarriada, y con angelical humildad, pide al Señor y Padre Celestial por mediación de la Santísima Virgen, su perdón y su gracia para este mundo dolorido y acongojado.

Nos habla paternalmente en «PASION» nuestro Obispo, y en sus palabras vemos la dulzura y amor de Jesús hacia las ovejuelas que constituyen su aprisco. ¡Cuántas enseñanzas saludables para el espíritu se desprenden de las sabias líneas escritas por nuestro amado Pastor!

Nos hablan nuestros Párrocos, estos magníficos e infatigables Párrocos, operarios expertos y afanosos que anhelan que ni una sola espiga de la mies de la heredad a ellos confiada se desgrane al contacto de las pasiones abrasadoras, sino que todas se almacenen en los graneros celestiales.

Nos hablan sacerdotes virtuosísimos y sabios, que en la Viña del Señor, trabajan incansablemente transmitiéndonos la sabia fecunda de la Doctrina salvadora.

Nos hablan por último varones apostólicos que han bebido en las cristalinas aguas de la sabiduría revelada, y que llevados de los impulsos de su corazón cristiano y generoso, quieren instaurar en Cristo todas las cosas, hasta conseguir que el mundo esté, por la misericordia de Dios y la intercesión de su Santísima Madre, que es también la nuestra, como un solo rebaño bajo el mando de un solo Pastor, y para ello cuentan con los hombres de buena voluntad que quieran escuchar aquel supremo mandamiento que nos legó el Divino Nazareno: «Un nuevo mandato os doy, y es que os améis los unos a los otros como yo os he amado».



Ofrenda al Santo Padre

Con ocasión del Año Jubilar de 1950, «PASION», Revista de las Hermandades turolenses, rinde, en este su segundo número, homenaje humilde pero sincero y emocionado de fidelidad y sumisión a Su Santidad Pío XII.

En la primavera de este Año Santo, en la que el mundo cristiano se prepara para revivir el bellissimo drama de la Pasión, del que murió por los pecados de la humanidad, las palabras del Padre de la Cristiandad exhortando a los hombres a la Paz, a la Concordia y al Perdón, serán recogidas en el corazón de los fieles turolenses, para unir nuestras oraciones a la del Vicario de Cristo, hasta llevar a todos los rincones de la tierra, junto con el deseo de nuestro Santo Padre, el amor a Jesús, bajo cuyo reinado esperamos la salvación del mundo.

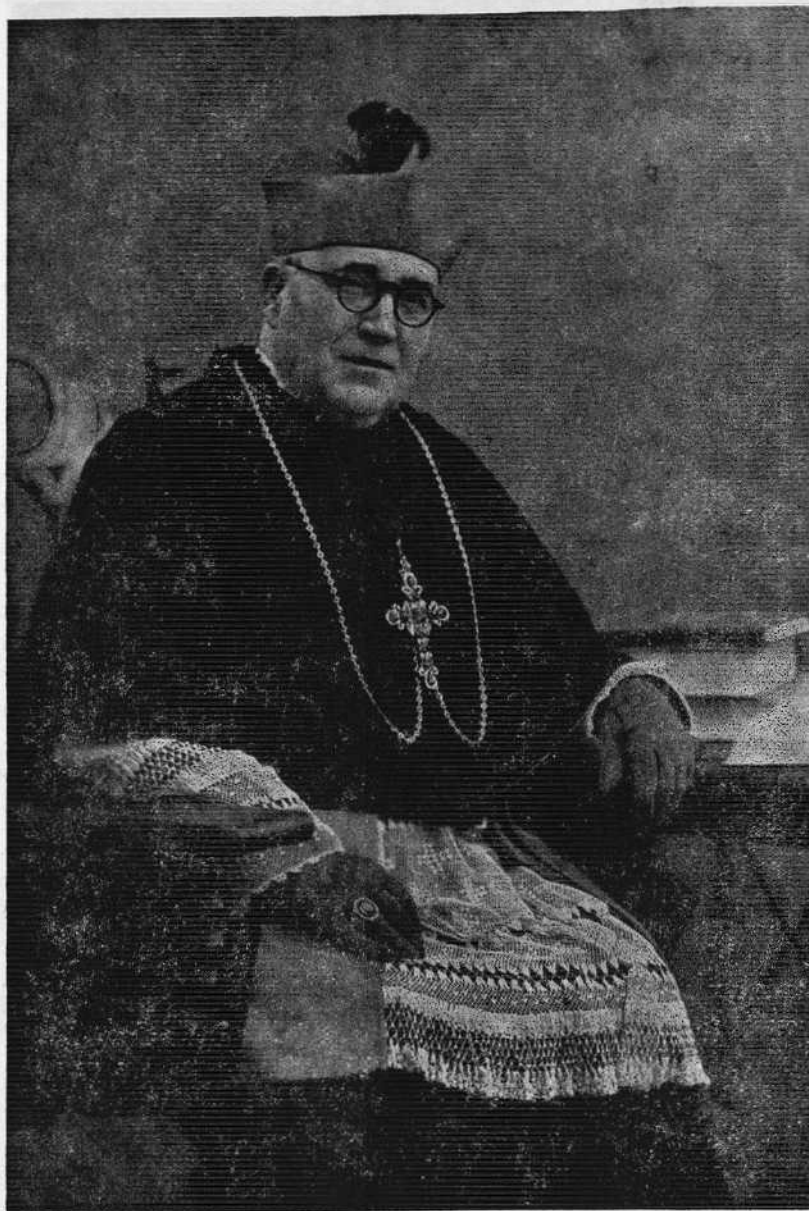
«PASION» reitera su ofrenda del año anterior y coloca a los pies del Sumo Pontífice todos sus trabajos y afanes con su corazón encendido de Fe.



Oración del Año Santo

¡Omnipotente y sempiterno Dios! Con toda el alma te damos gracias por el gran beneficio del Año Santo. † ¡Oh Padre celestial, que todo lo ves, que sondeas y gobiernas el corazón de los hombres! Házlos dóciles, en este tiempo de gracia y de salvación, a la voz de tu Hijo. † Que el Año Santo sea para todos un año de purificación y de santificación, de vida interior y de reparación, el año del gran arrepentimiento y del gran perdón. Da a los que sufren persecución por la fe tu espíritu de fortaleza, para unirlos indisolublemente con Jesucristo y con su Iglesia. † Protege, Señor, al Vicario de tu Hijo en la tierra, a los Obispos, a los sacerdotes, a los religiosos y a los fieles. Haz que todos, sacerdotes y seglares, niños, adultos y ancianos, formen en estrecha unión de pensamiento y de afectos, una roca incommovible, contra la cual se quebrante el furor de tus enemigos. † Enciende tu gracia en todos los hombres el amor hacia tantos desventurados, a quienes la pobreza y la miseria han reducido a una condición de vida indigna de seres humanos. † Despierta en el alma de cuantos te llaman Padre el hambre y la sed de justicia social y de la caridad fraterna en las obras y en la verdad. † «Da, Señor, la paz a nuestros días», paz a las almas, paz a las familias, paz a la patria, paz entre las naciones. Que el arco iris de la paz y de la reconciliación cubra, bajo la curva de su luz serena, la Tierra santificada por la vida y la pasión de tu divino Hijo. † ¡Oh Dios de todo consuelo! Profunda es nuestra miseria, graves son nuestras culpas, innumerables nuestras necesidades; pero es mayor aún nuestra confianza en Ti. Convencidos de nuestra indignidad, ponemos filialmente nuestra suerte en tus manos, uniendo nuestras pobres oraciones a la intercesión y a los méritos de la gloriosísima Virgen María y de todos los Santos. † Concede a los enfermos la conformidad y la salud, a los jóvenes la fortaleza de la fe, a las jóvenes la pureza, a los padres la prosperidad y la santidad de la familia, a las madres la eficacia de su misión educadora, a los huérfanos la tutela afectuosa, a los prófugos y prisioneros la patria, y a todos tu gracia como anticipo y prenda de la eterna felicidad en el cielo. Así sea.

Pius. pp. XII



El Excmo. y Rvdmo. Sr. Fray León Villuendas Polo, O. F. M.

Nuestro amantísimo y bondadoso Sr. Obispo, cuyas sabias orientaciones han sido el fundamento de este resurgir magnífico y esplendoroso de nuestra Semana Santa.

«Pasión», que nació al calor de las bendiciones que con paternal cariño otorgara nuestro venerable Prelado, hace votos para que Dios nos lo conserve y le renueve su adhesión más fervorosa.

Semana Santa

Eucaristía y Cruz: Amor y Dolor

POR FR. LEÓN, OBISPO DE TERUEL

Amor y dolor: He aquí dos pasiones que, bien encauzadas, nos convierten en santos; pero que, mal dirigidas, nos truecan en demonios.

Amor y dolor, dolor y amor se suceden y entrelazan, se hermanan y completan durante la Semana Santa, desde la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén hasta su salida del Sepulcro en la Aurora de la Resurrección. Estos amores y dolores divinos de nuestro divino Redentor tienen dos maravillosas síntesis: Cenáculo y Calvario. Cenáculo síntesis de amor, Calvario síntesis de dolor.

Trasladémonos al Cenáculo. Al entrar en él, Jesús expansiona su corazón, diciendo: «He deseado con gran deseo comer esta Pascua con vosotros, antes que padezca». Sentado a la mesa, mira cariñosamente a sus discípulos, teniendo el pan en su mano, y les dice: «Tomad y comed; este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros». Terminada la cena, al despedirse de sus predilectos hijos, que le contemplan maravillados y afligidos, les manifiesta su entrañable afecto con estas palabras: «No se turbe vuestro corazón. Yo voy a preparar lugar para vosotros... No os dejaré huérfanos; yo volveré a vosotros... Vosotros sois mis amigos...»

Verdaderamente, el Cenáculo con las expansiones de Jesús, con las intimidades del Amigo divino, con el inapreciable regalo de la Eucaristía, es síntesis de amor.

¡El Calvario, síntesis de dolor! El de Jesús es infinito, el de María, inconmensurable; divino aquél, humano éste. Sumergida en un ambiente de tristeza y desamparo, la humanidad de Jesucristo, pendiente entre el cielo y la tierra, era toda una llaga. Las sienes doloridas con las espinas; mesados y revueltos los cabellos; anublados los ojos con la sangre que goteaba de su frente; los labios marchitos y aheleados; desfigurado el rostro por las salivas y sangre reseca; el pecho desconjuntado; las manos y los pies taladrados; hecho la abominación de la gente, que a porfía le escarnecía y blasfemaba... y abandonado de su Padre celestial, ¿puede imaginarse mayor dolor?

¿Y el de su Madre? Sabedora de la prisión de su Hijo, de la bárbara flagelación, de la cruel coronación de espinas, del odio de la sinagoga, del alborozo sanguinario del pueblo, de los sudores, angustias y caídas de Jesús en la Vía dolorosa..., allí está al pie de la Cruz, ha oído los golpes del martillo; ve correr la sangre de su Hijo, hilo a hilo, al compás de las burlas, blasfemias e insultos... ¡Dolor inconmensurable el de María!, porque es su Hijo y es su Dios. ¡El Calvario síntesis de dolor!

El Cenáculo, maravillosa síntesis del amor y perenne hoguera de opostolado. El Calvario, síntesis prodigiosa del dolor y troquel modelador de las almas fuertes. La historia de la Iglesia Católica se ha desarrollado en torno a la Cruz y alrededor del Tabernáculo, con páginas bermejas de sangre y con blancos folios de castidad y de amores ultraterrenos. Los apóstoles, los mártires, los confesores y las vírgenes de la Iglesia han sido hombres, y por tanto, sujetos a desfallecimientos; pero la Cruz y el Tabernáculo los fortalecieron, sublimaron y divinizaron.

En la Semana Santa, singularmente en el Jueves y Viernes, el uno, síntesis de amor, el otro, de dolor, nuestra Madre, la Iglesia, nos exhorta a que hagamos un alto en la ruta de nuestro fatigoso caminar por el mundo, para contemplar los misterios de amor y dolor del Cenáculo y del Calvario.

Miremos sí, amadisimos diocesanos, al Cenáculo y al Calvario. Allí hallaremos la paz de nuestras conciencias y la que tanto anhela el mundo; la paz, fruto de la justicia y de la caridad; la justicia reparada por el dolor en la Cruz, y la caridad inaugurada por el amor en la Eucaristía. ¡Cenáculo y Calvario, síntesis de amor y dolor!

Consagración de los Santos Oleos

POR CÉSAR TOMÁS

CANÓNIGO-ARCHIVERO

Entre los sagrados ritos que la Santa Iglesia practica en Semana Santa, apenas hay otro que iguale en solemnidad, en belleza y en profundo significado al de la Consagración de los Santos Oleos. La Liturgia ha escogido para esto el marco espléndido de la Misa Pontifical del Jueves Santo.

Mas ¿qué son los Oleos? La materia de los Santos Oleos es el aceite de oliva, porque desde los tiempos patriarcales el aceite se tomó como símbolo de la fortaleza, de la luz y de la gracia del Señor. Se ungían las cosas y las personas que se consagraban al servicio y culto de Dios. Así Jacob, cuando despertó del sueño en que viera la escala misteriosa, tomando la piedra sobre la que había reclinado su cabeza, la alzó en monumento, ungiéndola con aceite, porque aquel lugar había de tenerse por sagrado. Y Moisés recibió de Dios el mandato de ungir el tabernáculo, el Arca del Testamento, los vasos sagrados y los mismos sacerdotes. Por eso después que Aarón fué revestido de las vestiduras sacerdotales. Moisés derramó el óleo sobre su cabeza, para indicar que quedaba consagrado sacerdote del Altísimo.

También eran ungidos los reyes, para significar que recibían de Dios su potestad. Así el Profeta Samuel ungió la cabeza de Saul, diciéndole: *He aquí que el Señor te ha ungido Príncipe sobre su heredad.*

Y porque Jesucristo había de ser el eterno Sacerdote y Rey de Reyes, la Sagrada Escritura en sus profecías le llama con frecuencia el *Ungido del Señor: Maschiach Jahve*. De aquí la voz hebrea *Mesías* y la griega *Christos*.

La unción simboliza la comunicación del Espíritu Santo que todo lo ilumina, vivifica y llena de santidad.

Y ¿cuántos son los Oleos? Son tres: el Oleo de los enfermos, el Santo Crisma y el Oleo de los Catecúmenos. Y los tres están hechos de la misma sustancia (añadiendo al Crisma un poco de bálsamo), porque uno sólo es el Espíritu Santo y múltiple su gracia y sus dones. Su materia es el aceite extraído del olivo que es el árbol de la paz porque la comunicación del Espíritu Santo, simbolizada en la Unción, nos trae la paz verdadera, por eso el Apóstol decía: *La paz del Señor y la Comunicación del Espíritu Santo sea con todos vosotros.*

Mas veamos ahora como se procede a la Consagración de los Santos Oleos.

Antes de empezar la Misa Pontifical hay una solemne procesión por el recinto del templo. Esta procesión tiene un gran sentido litúrgico y un especial simbolismo. Toda ella representa la venida del Señor a la tierra para ofrecerse como víctima por los pecados de los hombres en el ara de la Cruz. Esta procesión tiene de notable la presencia de los sacerdotes y ministros que asisten al Obispo consagrante. Por lo demás es originariamente la misma de toda Misa Pontifical y aún en la Liturgia antigua, de toda Misa solemne.

El Pontífice, para dirigirse al altar, va precedido por los acólitos que llevan el incensario y los ciriales encendidos, por los ministros y sacerdotes que actuarán en la consagración de los Santos Oleos; todo ello es símbolo y figura de la Ley y los Profetas que anunciaron la venida del Redentor. Preceden también al Pontífice un Subdiácono llevando cerrado el libro de los Evangelios, como precedieron a Cristo los Profetas y los Escribas; le preceden el Diácono y el Presbítero asistente que simbolizan los discípulos del Señor que envió ante sí a toda ciudad a donde había de ir a predicar el Reino de Dios; le acompañan los Diáconos de honor que representan los Apóstoles.

Llegado el pontífice al altar empieza la Santa Misa, cuyo ceremonial es en todo semejante al de las otras Misas pontificales. Pero, una vez hecha la Consagración, inmolada, por tanto, místicamente la Divina Víctima, y antes de llegar a la parte del Canon preparatoria para la Comunión, se procede a la consagración del Oleo de los Enfermos, que se usará principalmente en el Sacramento de la Extremaunción. El Pontífice y sus ministros abandonan el altar y descienden al lugar de la consagración, y el Arcediano dice: *El Oleo de los Enfermos*. Un subdiácono con dos acólitos va a buscar el ánfora que contiene el aceite que se ha de bendecir. El Pontífice pronuncia sobre él un exorcismo para que con él *«pueda hacerse unción espiritual a fin de dar vigor al templo de Dios vivo»*, que es el cuerpo de los cristianos, según aquello del Apóstol: *¿No sabeis que vuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo que habita en vosotros?* Y luego sigue una hermosa oración que alude a los efectos de la Unción Santa: *Pura quitar todas las enfermedades y todo mal del alma y del cuerpo.*

Consagrado el Oleo de los Enfermos, continúa la Santa Misa hasta la Comunión inclusive, de la cual partici-

pan de manos del Obispo en este día todos los clérigos y sacerdotes presentes, que no hubieren tenido privilegio para celebrar el Santo Sacrificio.

Seguidamente se procede a la consagración del Santo Crisma y del Oleo de los Catecúmenos con una solemnidad extraordinaria. Una nueva procesión se organiza para traer las ánforas. De ella forman parte todos los sacerdotes y ministros oficiantes a excepción del Obispo y sus asistentes de honor. Un subdiácono traerá el vaso del bálsamo que se ha de infundir al Crisma; dos diáconos traerán las ánforas cubriéndolas en su mitad inferior con un velo blanco que pende de sus hombros. Dos cantores vendrán cantando versos alusivos a los Santos Oleos: «*Oh Rey de la eterna Patria, dignate consagrar este aceite del olivo, signo vivo, contra el poder de los demonios*», y otras estrofas parecidas que son dentro de la Liturgia romana verdaderas joyas por su antigüedad y sabor clásico.

Bendecido el bálsamo, se mezcla con un poco de aceite para infundirlo en el ánfora del santo Crisma, unión que simboliza la de la naturaleza humana con la divina en la Persona de Cristo.

Luego se sigue una ceremonia muy singular que tiene lugar en esta consagración y en la del Oleo de los Catecúmenos, que consiste en infundir sobre el ánfora tres veces su aliento el Pontífice y los sacerdotes consagrantes en forma de cruz. La Iglesia usa de este rito en muy contadas ocasiones (como en la bendición de la pila bautismal, etc.), y siempre con el mismo profundo significado, a saber, para indicar el descenso del Espíritu Santo sobre la cosa que se consagra. Y la razón de este símbolo está en que el aliento es signo de la vida, por eso dice el Génesis que infundió Dios sobre Adán el aliento de la vida, es decir, le dió un alma espiritual que es el principio de la vida en el hombre. Y la vida de la gracia es obra del Espíritu Santo que todo lo vivifica, como dice el Salterio: «*Enviará, Señor, tu Espíritu y todas las cosas serán creadas*». Por esta razón el Señor infundió su aliento sobre los Apóstoles, al decirles: «*Recibid el Espíritu Santo...*» cuando les daba poder para perdonar los pecados, es decir, para dar vida a las almas muertas por la carencia del aliento vital de la gracia de Dios.

Una vez consagrado el santo Crisma, cuyo nombre etimológicamente procede de la palabra Cristo, tiene lugar otra ceremonia muy significativa: el acto de la veneración. El Pontífice de pie y descubierto, inclinándose hacia el ánfora que contiene el santo Crisma, lo venera diciendo: «*Ave, sanctum Chrisma*», que significa: yo te venero, oh santo Crisma. Y repite la salutación tres veces, elevando el tono de voz en cada una de ellas, y finalmente besa la parte superior del ánfora. Seguidamente, uno a uno, los sacerdotes, arrodillándose tres veces antes de llegar a la mesa de la consagración, van repitiendo el saludo: «*Ave, sanctum Chrisma*», dando al final el ósculo, como se ha dicho para el Pontífice. En la Liturgia antigua esta salutación se repetía cinco veces en memoria de las cinco llagas de Cristo crucificado, simbolizado en el Crisma. Esta ceremonia nos dá a conocer la estima y veneración que merecen a la Santa Iglesia los santos Oleos, sobre los cuales ha descendido la virtud del Espíritu Santo y se han convertido en cosa sacratísima.

Terminada la solemne ceremonia de la veneración del Crisma, un diácono presenta ante el Pontífice el ánfora del Oleo de los Catecúmenos y se procede a su bendición, empezando por la infusión del aliento en la forma sobredicha, y por un exorcismo, para que se aparte toda potestad diabólica y los que sean ungidos queden santificados para recibir toda gracia espiritual. Al final tiene lugar el acto de la veneración como se ha dicho, del santo Crisma, y tanto el Pontífice como los sacerdotes van repitiendo: *Ave, sanctum Oleum*, yo te venero, oh santo Oleo.

Terminada esta ceremonia, toman los diáconos las ánforas y procesionalmente, con la misma solemnidad con que las trajeron, las llevan a su lugar, mientras los cantores entonan diversas estrofas alusivas a los efectos de las sagradas unciones sacramentales. He aquí una muy notable que alude a los efectos del Bautismo y Confirmación: «*Lavada el alma en la sagrada fuente, son ahuyentados los pecados; ungida la frente, se infunden los sacrosantos carismas*». Y cuando la procesión se aleja, se oye por fin aquel antiquísimo canto: «*Sea este día festivo para nosotros por los siglos de los siglos; sea día sagrado y digno de alabanza...*», canto que nos recuerda el espíritu litúrgico de los antiguos tiempos en que la Iglesia preparaba a los fieles a la gran solemnidad de la Pascua, día grande por excelencia, no sólo por la conmemoración de la Resurrección de Cristo, sino también por la resurrección espiritual de los catecúmenos que en este día recibían el Bautismo.

Mientras cesan los ecos de estos cantos solemnes, el Pontífice se lava las manos y regresa al altar para terminar la Santa Misa. Terminada ésta, se sienta en el trono con mitra y se congregan en torno de él los presbíteros a quienes amonesta que, según la tradición de los sagrados cánones, guarden los santos Oleos fielmente y que no los den a nadie que los pida con pretexto de medicina o usos supersticiosos.

Los Oleos que restan del año anterior, contenidos en las ánforas, fueron vertidos en las lámparas que arden ante el Santísimo, y los que ya se distribuyeron y se contienen en las crismas de las Iglesias, son quemados.

Tal es en líneas generales el significado y simbolismo de la consagración de los santos Oleos. De la solemnidad que la Iglesia emplea en estos ritos y ceremonias se desprende una importante lección, a saber, que si la materia de los Sacramentos y Sacramentales es objeto de tanta veneración y respeto por parte de la Iglesia ¡con cuánta veneración y dignidad hemos de administrar y recibir los Sacramentos mismos, por los que se nos ha de comunicar la virtud y los dones del Espíritu Santo y la divina gracia por la que se borran los pecados y nos hacemos hijos de Dios!



Jueves Santo



POR LUIS DOLARA
MAGISTRAL

¡Como huele la tarde de Jueves Santo! Es un olor único e inconfundible de flores y cera, que, desde los Sagrarios, se filtra hasta las calles y llena por entero el aire tibio y pesado de la primavera recién nacida...

Todo se desborda esa tarde, única en el año. El pueblo entero se derrama por las calles para visitar los Sagrarios.

Refrigeran el espíritu, con una suave alegría, estos Jueves Santo, ceremoniosos e ingenuos. El Señor que ve la simplicidad de las intenciones, sonríe el Jueves Santo, desde sus tabernáculos dorados, olorosos de claveles y de juncia.

Ninguna fecha registra la historia de la humanidad como la de Jueves Santo. Ninguna tan revestida de sublime serenidad. El corazón cristiano ha impreso a esta anual recordación el carácter de una serena tristeza.

Este mismo corazón cristiano invadido, contagiado aún sin presentirlo, de irradiaciones de amor, siente en el interior de su alma una fuerza misteriosa que le arrastra a la piedad. El mismo sol que radiante pudiera iluminar la festividad del Jueves Santo va envuelto en celajes.

La Iglesia Católica, para cantar la grandeza del Jueves Santo, ha arrancado las más patéticas notas a la lira del poeta de la caridad. Lo más hondo y sentido de las poesías de Jeremías, el amante de sus hermanos y de su patria, evoca la Iglesia para expresar su dolor, para manifestar su amor.

Las aterradoras amenazas, revestidas de imágenes fogosas, los tiernos llamamientos, saturados del más intenso amor que el profeta en sus lamentaciones dirigiera a sus ciudadanos para mantenerlos fieles en el reconocimiento del verdadero Dios, se recuerda en este día en las severas recitaciones de la augusta Salmodia, para recabar el recuerdo y la ofrenda del agradecimiento del pueblo cristiano hacia Jesucristo en el día sagrado de su ofrecimiento a los hombres, a quienes se entrega como manjar de sus almas.

Impulsados por los momentos de ofuscación y arrastrados por una corriente de superhombría, muchos se retraen de practicar la fe cristiana. Son los débiles que caen, son los soberbios que se ciegan, son los vanidosos que presumen de espíritus fuertes. Espíritus que se alejan de Cristo, por creer que son así más hombres.

Ya nada les mueve; Jesucristo que por honrarles con su amistad se hizo hombre, compañero suyo; no les interesa que arrastrado por el amor que por ellos siente, la noche, mil veces augusta, del Jueves Santo, determinara quedarse constantemente junto a ellos y, desde entonces, con inquebrantable fidelidad, se les acerque, convertido en vecino solícito y atento...

Más no son, por fortuna. mayoría los que así proceden en nuestro noble pueblo de Teruel. Nutridas masas sienten hoy renacer la fe profunda que generaciones cristianas depositaron en el seno recóndito del alma turolense. Todavía trasciende este sentimiento colectivo a la vida de nuestros pueblos y el plácido ambiente va recordando que un pueblo aún creyente conmemora con sincera piedad el rasgo más generoso y sublime del Salvador, al que le dictara su inmenso amor a los hombres, la institución de la Eucaristía.

La institución de la Cena, la Eucaristía misterio que ha hecho posible que los individuos y los pueblos se fortalezcan y alimenten de la carne y sangre de quien los creó y amorosamente los alienta.

Jueves Santo, día de amor, en el que Jesucristo se ofreció a los hombres como inseparable compañero, siendo por ellos víctima de amor.

Place ver en el comedor del hogar cristiano el cuadro de la Última Cena. La presencia del cuadro de la institución eucarística que por sí solo espiritualiza la animalidad del refectorio, place por muchas razones que a nadie se ocultan.

Pero como más nos place a nosotros, aunque ponga en el placer que añade más de un adarme de escalofrío, es cuando el cuadro ostenta visibles y legibles aquellas palabras de Jesús: «En verdad os digo que uno de vosotros me ha de entregar». Así la luz del amor que campea en el cuadro se intensifica más, apoyándose en su contraste con la sombra del temor.

Amor y temor son las dos alas con que el alma ha de volver al Sagrario. Y son en el hogar los dos sostenes de la paz que, en ondas de amor y de temor irradian el cuadro Eucarístico, para que se reciba y se refleje en los corazones del hogar.

Nos place en el hogar la presencia del cuadro de la Última Cena con las palabras de Jesús: «uno de vosotros me ha de entregar». La sombra del temor a la traición horroriza más; la luz del amor enamora más; y en esta luz y en esta sombra vigoriza su nuevo y su antemuro la paz entre los esposos y entre los padres y los hijos.

Noche de plenilunio. Noche primaveral, silenciosa, tibia y perfumada. Noche de Jueves Santo. Tú sola fuiste testigo mudo y absorto de unas horas cargadas de emociones redentoras. Tú serás siempre un enigma indiscifrable para nosotros los humanos habituados a valorar superficialmente las cosas según normas de sensacionalismo y exterioridad. Tú guardas entre tus sombras el misterio impenetrable del Amor solo entreabierto a los ojos iluminados por la fe.

Significación teológica de las Hermandades de Penitencia

POR PASCUAL LÓPEZ

PÁRROCO DE SANTA MARÍA

Las Hermandades nacieron en la Edad Media, en una explosión de fé y de espíritu renovador que todo lo invade, ciencias, arte, instituciones; como si el hombre se reconociese pequeño y débil para realizar los grandes ideales que ve en perspectiva, al espíritu individualista de los siglos anteriores sustituye el espíritu de asociación, y surgen pujantes las Hermandades religiosas, casi todas de caracter Pasionista; no son algo externo y sin vida, tienen espíritu, y en las ciudades lo mismo que en los campos rasga el silencio de la noche el Pregón del Hermano invitando a la oración y a la penitencia.

La Hermandad nace de una devoción y por lo tanto participa de su naturaleza, y para que la devoción merezca este nombre, ha de tener un fondo teológico; por no tenerlo, muchos actos piadosos resultan inútiles, y cuando es falso, supersticiones; la piedra de toque de toda devoción, es que esté autorizada por la Iglesia; cuando una devoción, una Hermandad, está extendida por toda ella y ha merecido su aprobación, se puede tener la seguridad de que es grata a Dios, que es una flor legítima nacida del árbol del dogma; pero no obstante deber es buscar el entronque, para que la fé ilumine la mente y ésta caldee el corazón y una y otro guíen al hombre por los senderos del bien.

La devoción nace de un afecto hondo, siempre dispuesto a ejecutar actos en honor de su objeto hasta formar hábito, sin esto podrá haber acto religioso, pero no devoción. ¿Y qué objeto más digno para una devoción que la Pasión de Cristo, causa meritoria de nuestra Redención y origen de todas las gracias?

También se conoce la dignidad de una devoción por los fines que persigue, y si en las Hermandades de Semana Santa, además del culto que se tributa a la Divina Víctima, tienen por fin la penitencia, nos asemejaremos a El, que purgó en su persona los pecados de la Humanidad.

Según el Tridentino «la Penitencia ha sido necesaria en todos los tiempos para la remisión de los pecados». A no haber pecado, no habría ni arrepentimiento ni pena; la penitencia, según la concepción Paulina, hace esa renovación interior en que nos despojamos del hombre viejo, para revestirnos del hombre nuevo; cuando el derecho se altera, la justicia exige que se restablezca; cuando la balanza se desnivela por el pecado, hay que echar en uno de los platillos tanto dolor sobrenatural, cuanto se echó en el otro de placer pecaminoso, y lo que falte lo suple la misericordia divina; pero el hombre ha de poner su esfuerzo, de aquí su necesidad; los Profetas enronquecieron predicando penitencia, Juan el Bautista fué un penitente, anunció al Mesías saliendo del desierto vestido de túnica hecha de pelos de camello y ciñendo con una correa sus lomos, y el mismo Jesucristo empezó su vida pública después de rigurosas penitencias.

Las Hermandades pues de Semana Santa, inspiradas todas ellas en la meditación de los divinos misterios de la Pasión, y con un fin práctico, la penitencia que nos asocia a ella, son dignas de lóa, ya que no hay motivos más altos para arrancar lágrimas de arrepentimiento de nuestros pecados, que fueron la causa motiva de su afrentosa muerte en la cruz.

Gracias a Dios los lazos afectivos que unieron siempre a los fieles con sus respectivas parroquias, flojos y rotos hace más de dos centu-

rias por causas de todos conocidas, se van restableciendo poco a poco aun en las ciudades más populosas, y la parroquia vuelve a aparecer como lo que es: la madre espiritual de todos los feligreses. Pero una madre de verdad, adornada con las virtudes propias y con su propia e inconfundible fisonomía. En ella campean el amor, el sacrificio y el celo velando sin cesar por los sagrados intereses de sus hijos. Estos a su vez lo van comprendiendo así y responden fielmente en número considerable a los títulos de maternidad de que goza la parroquia.

Existe hoy una compenetración tan íntima entre la parroquia y sus feligreses que gran parte de éstos se han dado cuenta de que es su casa, el hogar de sus almas donde encontrarán los medios adecuados para la consecución de sus fines sobrenaturales.

Cierto que para llegar aquí hubo de recorrerse largo y penoso camino sin haber conseguido, ni con mucho, la meta. El individualismo, que tantos estragos había causado en otros órdenes, penetró también en el santuario aflojando los vínculos de solidaridad y compenetración que tan fuertemente ligaron en otros tiempos a los miembros que componían estas comunidades cristianas, cuyo corazón latía en el templo parroquial y cuyo exponente era la vida de asociación, y como tal aparecía en todas las manifestaciones de la vida religiosa de nuestros pueblos.

Contra ese espíritu disolvente se reaccionó hace tiempo y hoy se va rápidamente al robustecimiento de la vida de asociación como en nuestros mejores tiempos, con las raíces en la parroquia que es su terreno propio y el clima adecuado para su conservación y florecimiento por designio de la providencia y disposición de la Iglesia.

¡Qué satisfacción, a medida que los hijos de la parroquia se van haciendo firmes en la virtud, verlos correr gozosos a engrosar las filas de las distintas asociaciones de la parroquia! Y esto no para esclavizarla y disminuirla, sino para exaltarla cada día con el ejemplo de sus virtudes y los esplendores de sus manifestaciones religiosas.

La parroquia, casa y escuela de las Hermandades de Penitencia

—•••—
POR TOMÁS GUILLÉN
PÁRROCO DE SAN ANDRÉS

El ejemplo lo tenemos en las Hermandades de Penitencia de nuestra ciudad con las filas cada vez más nutridas y disciplinadas. Estas Hermandades se distin-

guen por su asiduidad en asistir a los cultos y su entusiasmo en tomar parte en las campañas donde de algún modo se promueve la gloria de Dios.

La parroquia les ha abierto sus puertas y las distingue con amor de predilección; pero a todas por igual. Como una madre no hace distinción entre sus hijos tampoco la parroquia. Pondrá de relieve los elementos de unión; pero jamás será causa de suscitar envidias y rivalidades. Por algo es la madre del hogar más pacífico, feliz y bienhechor.

Más no acaban ahí sus desvelos. De la completa formación de los miembros de estas Hermandades depende en gran parte su porvenir religioso. Se esforzará, pues, con la ayuda de los Directores espirituales, para que se cumplan sus respectivos reglamentos; de esos admirables y sabios reglamentos cuyo exacto cumplimiento lleva a sus socios al más alto perfeccionamiento de sus virtudes, y se preocupan también de los que partieron de este mundo y pueden tener alguna deuda con Dios para ayudarles a pagarla.

Conviene poner de relieve el ejemplar afán de las Juntas por conseguir los fines de sus respectivas Hermandades. Estos sacrificios se traducen en disciplina, cumplimiento de obligaciones, alegría en el sacrificio y, sobre todo, en un amor por la parroquia donde está erigida la Hermandad digna de todo encomio. Es un amor filial, y por lo tanto desinteresado, sumiso y ferviente. Y con relación a los Hermanos entre sí y con las demás Hermandades, asimismo erigidas en la misma parroquia, fraternal, verdaderamente fraternal, me interesa repetir la palabra por expresar fielmente la realidad. Ello indica que no es exclusivo, recatado, celoso..., sino intenso y con extensión sin límites, abarcando a todos los Hermanos y a todas las Hermandades en apretado y amoroso abrazo.

¡Dichosa la parroquia que cuenta con asociaciones que, como nuestras Hermandades de Penitencia, sienten y viven el espíritu de la Iglesia! ¡Y no menos feliz el párroco en cuyas manos ha puesto la Providencia tan excelente medio de conducir almas a Dios!

Influencia de las Hermandades de Penitencia en la formación ascética de los feligreses de la parroquia

Por Juan Ruiz, C. M.

La lectura reposada del Santo Evangelio nos conduce a esta conclusión terminante: En la ascética cristiana es de necesidad básica la Penitencia. Sus premisas están en la Ley Natural. Como pruebas pudieran aducirse sentencias espigadas en tratados de filósofos moralistas paganos. Así Suetonio, quien llama a la Penitencia: METANOEA, es decir, la que castiga los delitos para que se arrepientan los que prevarican. Tal Ovidio en sus PONTICAS y Cicerón en sus TUSCULANAS. Y nada digamos del moralista por antonomasia, nuestro compatriota Séneca.

El Antiguo Testamento nos proporciona textos bien explícitos y ejemplos contundentes. En el mismo umbral de la vida humana, junto a la perversión del hombre, hallamos la medicina radical: La Penitencia. El profeta Joel amonesta a su pueblo: Convertíos al Señor de todo corazón, con ayuno, llanto y gemidos y rasgad vuestros corazones, más bien que vuestra vestimenta. Los escritos de Jeremías están repletos de advertencias pariguales. El gemebundo lírico hebreo moja su pluma en la amargura de la desolación y ruina de su Patria, para exhortar a su pueblo al arrepentimiento, como condición indispensable de resurrección. El apocalíptico Ezequías dice expresamente: Si el impío hiciere penitencia, vivirá y no morirá. David, el arpa del Señor, hace vibrar sus notas más sensibles, cuando su estro divinamente inspirado toma como tema de sus composiciones la Penitencia: Salmos 6.º y 12 y sobre todo el salmo 50.º

Es la conversión de Nínive, seriamente amonestada por el recalcitrante Jonás, el ejemplo más vívido de la necesidad de la Penitencia para agradar al Señor y conseguir aplacar su justicia vindicativa. Y en el orden individual, el episodio de justicia y dolor del profeta-rey, conminado por el enviado del Señor. Herido en las fibras más sensibles de su corazón de padre, recto aunque extraviado momentáneamente, exhala el grito fecundo del dolor: Peccavi, he pecado.

En el orden actual de la Providencia, las fuentes de la revelación nos manifiestan clara e insistentemente esta necesidad. El precursor del Mesías, a orillas del Jordán y antes de administrar su bautismo, instruye a sus oyentes a base de esta necesidad: Penitentiam agite, propinquavit enim regnum coelorum; haced penitencia, porque se acerca el reino de Dios. El mismo Jesús comienza su misión exhortando a la Penitencia, según podemos comprobar en S. Mateo y S. Marcos. Del divino

Maestro lo aprenden sus apóstoles: S. Pedro, S. Pablo, quien taxativamente lo testifica de sí mismo ante el Rey Agripa y en su carta a los Hebreos claramente dá a entender que era éste el primer paso de la catequesis cristiana.

Por eso el Concilio Tridentino declara: «que en todo tiempo fué necesaria la Penitencia a los que se hubiesen manchado con algún pecado mortal, para obtener la gracia y la justicia».

Resumiendo: La Penitencia es una necesidad de medio, imprescindible para conseguir la remisión de los pecados. Es, además, una necesidad de precepto. Existe un precepto natural y divino-positivo para toda criatura.

Toda institución que coopere a fomentar y practicar este espíritu de penitencia, contribuirá indiscutiblemente a la formación recta de una conciencia católica en consonancia con el verdadero espíritu cristiano. Las Hermandades de Penitencia no tienen otra razón de ser dentro de la liturgia católica. Ahóndese en el origen de estas manifestaciones de Fé y se verá claramente el porqué de las mismas: Un acto colectivo de expiación; un incontenible deseo de reparación; un estado latente de compunción. Y como símbolo que tome relieve plástico, se personifica en cualquiera de los pasos sangrientos de la Pasión; en la vida dolorosa de Jesús, de su Santísima Madre, del discípulo amado; en los supremos momentos del cruento sacrificio del Calvario.

Cuando el pueblo cristiano ha sentido en su cuerpo sangrante el restallar del azote divino, ha experimentado la necesidad apremiante de desarmar el brazo de Dios justamente irritado y ha buscado en estas Hermandades de Penitencia el cauce justo de una explosión externa para su corazón compungido. Poco importa que la malicia del hombre haya pretendido convertirlas en un escaparate de vanidad, dándolas un significado simplemente decorativo. Su hondo significado penitencial se mantiene intacto y predica elocuentemente con sus estatutos, con sus imágenes y con los atuendos de sus cofrades. Sermón silencioso que, cual película cinematográfica, que desfila en la pantalla de la sociedad, habla al corazón con acentos de grave austeridad, para decir a todos, espectadores y actores: Nisi penitentiam egeritis, omnes simul peribitis; si no hicieseis penitencia morireis irremisiblemente.

A modo de Catecismo

A vosotros, simpáticos pequeñuelos de la Co-
fradía de Jesús Triunfante, saliendo al encuentro
de vuestra infantil curiosidad.

Por Ventura Pamplona

CANÓNIGO

—¿De dónde venía Jesús cuando hizo su entrada triunfal en Jerusalén?

—Venía de Betania, que quiere decir «casa de la obediencia», o también «casa de la hon-
donada». Hoy llaman los árabes a este lugar el Azariyé. Dista unos tres cuartos de hora de la
ciudad de Jerusalén y está situada esta población en la vertiente sudeste del Monte Olivete.
En esta ciudad Nuestro Señor Jesucristo resucitó a su amigo Lázaro, hermano de Marta y de
María, y en ella también asistió Jesús a un banquete que le ofreció en su casa un leproso, que
había sido curado milagrosamente por El, el cual leproso se llamaba Simón.

—¿En qué fecha hizo Jesús su entrada triunfal en Jerusalén y por qué causa?

—Jesús hizo su entrada triunfal en Jerusalén en domingo, día 10 de Nisan, cinco días an-
tes de la fiesta de la Pascua.

Quiso Jesús hacer su entrada en este día porque este era el señalado para que los judíos
llevaran a sus casas los corderos que habían de ser sacrificados en la celebración de tal so-
lemnidad religiosa. Como Jesús era el verdadero Cordero de Dios, que había de ser sacrifica-
do por los pecados de todos los hombres, por eso quiso también hacer su entrada en Jerusa-
lén en ese día.

—¿Por qué hizo su entrada montado sobre una borriquilla?

—Para mostrarse a los hombres en el día de su exaltación como Rey Pacífico, según ha-
bía sido profetizado.

—¿De dónde trajeron los dos apóstoles la borriquilla?

—De un lugar cercano al Monte de los Olivos, llamado Betfagé, que significa «casa de
los higos» y que a su vez estaba próximo a Jerusalén.

—¿De quién era aquella afortunada borriquilla?

—Es común opinión que aquella borriquilla estaba para el uso y servicio de los pobres y,
con la sola licencia del hombre que la cuidaba de ordinario, podía usarla quien la necesitara,
con la obligación de alimentarla mientras la tuviera a su servicio y devolverla cuando ya no
precisara de ella. Obedecía esto a una piadosa costumbre de algunos pueblos orientales.

—¿Por qué los judíos cubrieron con sus vestiduras el camino por el que había de pa-
sar Jesús?

—Para darle aquel regio honor, según era costumbre entre ellos cuando recibían a los
Emperadores.

—¿De dónde tomaron los judíos y los niños los ramos de olivo y las palmas?

—Del Monte de los Olivos, por donde habían de pasar con Jesús para ir a Jerusalén y en
cuyo monte abundaban los olivares y las palmeras.

—¿Por qué los judíos quisieron tributar a Jesús honores de Rey?

—Porque, por sus milagros, conocieron que Jesús era el Mesías prometido.

—¿Por qué, pues, los judíos pidieron pocos días después su muerte en Cruz?

—Porque se dejaron seducir por los enemigos envidiosos de Jesús.

El Cristo de las Misericordias

Por Luis Bermejo

En la Iglesia de San Juan Bautista, uno de los primeros templos dedicados al culto cristiano en nuestra Ciudad, existía una imagen del Redentor de la que se guardaba una antiquísima tradición, no por poco conocida menos sublime.

Con su cuerpo desnudo, sus llagas abiertas y el corazón más abierto todavía a la misericordia y al perdón, el rostro bellissimo de Jesús, parecía irradiar una estela luminosa de su fecundo amor al prójimo. La perfección de la descompuesta faz, en perfecta armonía con la expresión del sufrimiento divinizado, recordaba a todo el que lo contemplaba, la infinita misericordia del que solo, sin ningún amigo, cayéndose y levantándose, sufrió infamante muerte por los pecados de la humanidad, pidiendo a su Padre perdón para ellos.

La obra, realizada con exquisito gusto y primor, tenía tanta sinceridad de expresión y estaba plasmada su mortal congoja con tal acierto y maestría que, el anónimo artista que la llevó a cabo, puso todo su entusiasmo e inspiración al servicio de la Fe que le animaba. La imagen, vulgarmente conocida con el nombre de Santo Cristo de las Misericordias, hacía vibrar en el alma la presencia del sublime drama de la sagrada Pasión de Cristo.

Cuentan, que en los primeros tiempos de la Reconquista, llegóse a Teruel un caballero muy principal que desde lejanas tierras vino a servir al Rey, buscando honores y lauros con que acrecentar su fama. Su bravura y su valor en la lucha contra el infiel fueron muy pronto conocidas, y, alabadas sus incursiones por las tierras del enemigo. Un día, de regreso de una de sus audaces expediciones, llegó a la ciudad con una doncella árabe de singular hermosura, que había arrebatado a sus padres. En sus locos afanes, prendóse el caballero de su prisionera e inútilmente trató de conseguir el amor de la que languidecía en el alcázar que de cárcel le servía. Agotó todos los medios por conseguir sus propósitos y ofreció a la bella doncella renunciar a su fe y trasladarse al reino moro de Valencia, donde juntos vivirían. Todo estaba preparado para la fuga. La tarde ha caído, las puertas de la ciudad han cerrado hasta la del alba, la noche ha traído reposo, sosiego, calma, y el silencio más completo se enseñoorea de la dormida naturaleza. Dos veloces corceles esperan al caballero y a la dama tras de los muros de la ciudad. Mudo y vacilante, nuestro protagonista avanza entre las sombras. Una voz interior parece decir: No vaciles, no temas, pero..... la conciencia, allá en su interior, le acusa de la vileza que vá a realizar y que el pensamiento, más rápido que la acción, ya ha consumado. Ya están los fugitivos tras de los muros, cerca, los enjaezados corceles esperan a sus dueños, el caballero lanza una postrer mirada a la ciudad y con el infierno desatado en el alma parte a su perdición. Al llegar el nuevo día, asombra su ausencia a los vecinos y se comentan en voz baja las posibles causas de su desaparición.

Pasaron los tiempos y una mañana de primavera, ante la imagen del Redentor, se llegó un hombre de aspecto triste, que de rodillas, bañado el atezado rostro por las lágrimas, confiaba a Aquel que murió por salvarnos su culpa. El alma de Jesús, parecía también sufrir en la angustia del que clamaba: «Dios mío, Dios mío, por qué me has desamparado», y clavando sus ojos en el penitente que abatido oraba en súplica de piedad, Jesús piadoso, hizo llegar hasta él un dulce arrullo de amor, un coro celestial de ángeles, que se extendió por el recinto dejando atónitos a los fieles que en él se encontraban. Pasado el estupor, contemplaron el prodigio del que durante largo tiempo habría de guardarse grata memoria. Sobre las losas del templo yacía el cadáver de un hombre transfigurado por la Gracia y el Perdón del que murió «por el gran amor con que nos amó». En el rostro de aquel hombre creyeron reconocer al caballero de lejano recuerdo, que atraído por la voz de la venerada imagen había llegado de nuevo a estas tierras para, con la confesión de sus culpas, obtener del que todo lo puede, la salvación de su alma.

Carta a Pilatos de su esposa Lucrecia

POR C. P.

Pilatos: Si el corazón
de tu mujer nunca miente
cuando los males presiente
que no prevee la razón,
hoy que a la piedad ajeno
pide el pueblo, alborotado,
que sea crucificado
un humilde Nazareno,
porque, mostrándose humano,
siniestro plan disimula
e hijo de Dios se titula,
siendo hijo de un artesano,
permite a tu fiel esposa
confíe a tu buen talento
el triste presentimiento
que, desde anoche le acosa.

Será quimera, tal vez,
y mi presagio cayera,
si ese pueblo no te instara
a ser de esta causa Juez.

Cuando buscando reposo
caí en el lecho dormida,
sentíme como impelida
por un poder misterioso
que me arrojó de Palacio
y me obligó a caminar,
con rapidez singular,
por el anchuroso espacio.

Fatigada, sin aliento,
descanso en vano pedía...
con más fuerza me impelía
al escuchar mi lamento.

De pronto, en el horizonte,
inundó la inmensidad
una viva claridad
que mi vista deslumbró

Rasgó una nube su seno
y en su fondo nacarado,
ví en regio trono, sentado,
a Jesús el Nazareno.

Su alba frente, coronaban
resplandecientes estrellas.

Mil coros de voces bellas
himnos de gloria entonaban.

Geniecillos voladores
mostraban su faz riente
y embalsamaban el ambiente
el aroma de las flores.

Bajé confusa los ojos,
turbada ante su grandeza,
y al inclinar la cabeza,
me ví postrada de hinojos.

Entonces, grave y sonora,
vibró una voz a mi lado,
como la voz que al malvado
le hablará en su postrer hora:

¡Mírale, infeliz Lucrecia
El fué quien nació en Belén
y a quien hoy Jerusalén
tanto escarnece y desprecia!

Cumple, del cielo en el nombre
las sagradas profecías
y verdadero Mesías,
baja a redimir al hombre.

¡Inteliz del que, obcecado,
su muerte impía decreté!
¡Pobre del que no respete
la misión que Dios le ha dado!

Porque, tan infamante acción
el cielo maldecirá
y su nombre servirá
de eterno escarnio y baldón.

¡Hijo de Dios, sin segundo,
es del Orbe Soberano,
que a una señal de su mano
volviera a la nada el mundo!

For su infinita bondad
hoy se entrega a infausta suerte
para que sea su muerte
vida de la humanidad.

Su santa doctrina brilla
y el que darle muerte crea
mata al hombre, no la idea;
la planta, no la semilla;
y ella en tiempo no lejano

brotará con tal poder,
que una familia ha de hacer
de todo el género humano.

Dijo la voz, y quedó
todo en tinieblas sumido;
rodé, caí sin sentido
y el golpe me despertó.

No sé si el sueño mentía
o si era en realidad
imagen de la verdad
que inventó mi fantasía.

Solo sé, que ya despierta,
este sueño es mi tormento
y que, si males presiente,
mi corazón siempre acierta.

Que a ese humilde Nazareno
debes atento escuchar,
para mejor apreciar
que es inocente y es bueno.

Yo le he visto, y su bondad
al bien y al amor se inclina
y alumbra con su doctrina
la razón y la conciencia.

¿Cómo ha de encerrar maldad,
codicia, ambición poder
un hombre que solo pide
amor y fraternidad?

Oyele una vez no más
y al tenerle en su presencia
juzgarás de su inocencia
y tal vez comprenderás,
que por lograr sus deseos
un pueblo te compromete
y te obliga a ser juguete
de hipócritas fariseos.

Y si cierto siempre fué
que mi corazón no miente,
cuando las males presiente
que no prevee la razón,
en esa causu ruidosa,
al fallar como Pretor,
no oigas del pueblo el clamor,
Pilatos, oye la voz de tu esposa.

Fondo y forma en la Semana Santa Turolense



Por J. López Cordobés

Realmente, la Semana Santa turolense, como manifestación esplendorosa de una de las más bellas, emotivas y arraigadas tradiciones cristianas, tiene poca historia. Otra cosa, sí, es como demostración fervorosa del catolicismo de nuestra ciudad, que paseaba ante el dolor de las gentes, en el Jueves y Viernes Santo, unas imágenes—con la sola excepción del Hecce-Homo de la Hermandad de la Sangre—pequeñitas, sobre pobres peanas y de dudoso gusto artístico.

Pero lo importante era el alma católica que latía en aquellas procesiones y la emoción que el pueblo sentía ante ellas, como si se tratase de la mejor obra de Mena o Montañés.

Ese espíritu, es el que ha heredado la Semana Santa turolense actual, pletórica de esperanzas. Aquellos hombres, que con su traje negro marchaban tras los «pasos» pequeñitos de entonces, son los mismos que, embutidos en sus hábitos de penitente, más o menos lujosos, caminan dando escolta a bellas imágenes que un titánico esfuerzo de las Cofradías, va aportando a nuestros desfiles procesionales. No desaparece, porque no debe desaparecer, bajo lo esplendoroso, lo fervoroso, ni la seda ni el oropel, tapan el dolor y la contricción, que son los atributos y las mejores joyas de nuestra Semana Santa,

Y es que el escenario invita a ello. Ved en la noche, por nuestras estrechas calles del Arrabal o cruzar junto a los Arcos, a la Cofradía del Nazareno; puede que encontreis en alguna otra parte una imagen más bella; puede que halleis una Cofradía más lujosamente vestida o más numerosa. Pero dudo que podáis ver cosa más emotiva, porque nuestros arcos y nuestras calles «rabaleras», en el silencio nocturno del Miércoles Santo, no tienen parangón posible.

Hemos visto pasar la interminable fila de penitentes, con sus hachones y su diversidad de hábitos, bajo las «tribunas» de nuestras torres mudéjares y eso—sin que nos ciegue la pasión telúrica—no puede verse en parte alguna.

Y sobre todo ese silencio, esa gravedad... ese palpar en el aire todos los pensamientos, que confluyen en la Cruz.

"Y tomaron el cuerpo de Jesús y lo ataron en lienzos con aromas"

(Jo. - 19 - 40)

Por Mosen José Navarro Doñate



En la historia de la Pasión del Salvador, cada menudencia tiene su importancia, todo es instructivo, de gran provecho espiritual. El sagrado cadáver de Jesús, es bajado de la Cruz y depositado en el regazo de su Madre.

Aquella lanzada con que el Capitán romano hirió, no con ánimo de saña cruel, sino movido por la mano de la Providencia Divina, el corazón de Jesús y le abrió la última herida profunda y le sacó la postrer gota de sangre; aquella lanzada que traspasó el corazón de la Madre e hizo estremecer de horror a los corazones compasivos, señalaba propiamente el fin y remate de todos los atropellos perpetrados contra el Salvador.

Este es el momento en que todo cambia, la suma ignominia tórnase en grande honra; entran a usar de sus derechos el sentimiento humanitario, la ley de la justicia, los fueros del amor; ya solo

Una de las maquetas para el proyectado Paso de Nuestra Señora de las Angustias se acercan con gran respeto a tocar el cuerpo sacratísimo de Jesús, manos amorosas.

Dos nuevos personajes se allegan a la Cruz, José de Arimatea y Nicodemo, dos varones nobles y de autoridad, ambos miembros del Sanedrín. ¿Qué intentan en esta hora?, quieren confesar públicamente a Cristo; más aún, quieren salir por El, prestar a su cadáver la mayor honra posible, darle una sepultura de primera clase; ambos eran discípulos de Jesús; José de Arimatea lo era en secreto y Nicodemo discípulo de noche, por miedo a los judíos, como dice el Evangelista: JOSEPH AB. ARIMATHEA eo quod esset discipulus Jesu occultus autem propter metuun Judeorum..... Nicodemus, qui venerat ad Jsum nocte (C. Go.-19-38-39).

La muerte de Jesús ha disipado todo temor y recelo; su fe cobra nueva vida, oyeron la gran voz que Jesús dió al expirar; fueron testigos de las tinieblas y del terremoto, vieron a su madre que con el corazón destrozado, permaneció como mujer fuerte al pie de la Cruz; y oyeron el testimonio del Centurión romano que exclamó: «Verdaderamente, es Hijo de Dios»; José de Arimatea es el primero que hace pública su confesión de fe en el Salvador; no con solo las palabras sino con hechos.

Dice el Evangelista que se presentó con ánimo decidido a Pilatos, que como juez podía disponer de los ajusticiados y le pidió el cuerpo de Jesús. Para esto, se necesitaba gran valor: Por amor a Cristo, dice San Juan Crisostomo, se expuso a mover contra sí, el odio general y la feroz persecución de los de su clase; con ello, puso en lance peligroso, su honra, su posición social y su misma vida, dando un bofetón al Sanedrín. Ya están preparados los aromas y lienzo en que ha de ser envuelto el cuerpo de Jesús; con tiempo amoroso y santa veneración bajan de la Cruz el sagrado cuerpo. ¿Dónde lo depositaron antes de cumplir con la costumbre israelita de embalsamamiento, a que quisieron atenerse antes de colocarlo en el sepulcro? La Escritura nada dice sobre esto, pero el sentido cristiano y la tradición dan una respuesta muy adecuada; en el regazo de su madre; sí, en el regazo de María.

Ya el Hijo vuelve a pertenecer del todo a su Madre, ya descansa de nuevo en sus brazos maternos, de la misma manera que cuando era niño y a la vez de muy diferente manera, pues ahora duerme como antes dormía junto a su corazón, pero duerme el sueño de la muerte; está con ella también, pero tan frío... tan frío... y con tan horrendas y profundas heridas en manos y pies y con la cabeza taladrada de espinas y el rostro ensangrentado y aquella herida abierta en su pecho ¡cuán profunda! no se ve más que sangre, sangre dondequiera que ponga sus manos, dondequiera que miren sus ojos ¡Madre bondadosa! Así te devuelve el mundo a tu hijo, al fruto bendito de tu vientre; bien puedes querellarte como Jacob, el padre de José; una fiera salvaje lo ha destrozado; esa fiera es el pecado mortal, con su fuerza de exterminio, con su naturaleza devastadora, con sus horrendas y terribles consecuencias; todo esto podemos leer en el destrozado cadáver. Su martirio ha terminado ya; pasó ya su pasión, consumado está su sacrificio, pero tu dolor ¡Oh Madre! llega en estos momentos a su más alto grado; al verle desde la coronilla hasta la planta de los pies, hecho una llaga, y al contemplar la abertura del costado, oyes otra vez el estridente y áspero ruido de la lanza, empujada con furia para abrirse camino hacia el corazón.

La Virgen de las Angustias llaman a la imagen de la Dolorosa Madre con el Hijo muerto en sus brazos. Con toda el alma se introduce en cada una de las heridas de su Hijo, en su propio corazón de Madre recibe todos sus dolores, en su misma alma siente reproducida toda su pasión y muerte y tan grande como es su compasión por el Hijo, es también su compasión por los pecadores; sabe que por el pecado fué su Hijo llevado a la muerte y por esto su horror al pecado es inconmensurable; sabe que por amor a los pecadores padeció la muerte y por ello su compasión por ellos no tiene límites y así como El ofreció su vida por ellos, así ella ofrece a su Hijo su pasión y la suya propia al Eterno Padre por la salvación de los mismos pecadores.

Todo este dolor y aflicción, le dá el título de Virgen de las Angustias, no es ella una mujer abatida y aplastada por el infortunio, es la que revestida con la dignidad del sumo sacerdocio, ofrece la víctima santa, y ella misma es el altar vivo de la inmolación que sustenta el Cordero de Dios, ofrecido y sacrificado; ella, ofrece y entrega los frutos del sacrificio sangriento a los pobres pecadores, intercediendo por ellos.

La Virgen de las Angustias se ha hecho el refugio de los pecadores. ¡Cristianos que lees estas líneas, aunque hayas llegado a lo más profundo en el cieno del pecado de manera que a tí mismo te dé asco y a los demás causes horror, hay todavía un corazón que se compadece de tí, que te ama con amor de madre!

¡Lector piadoso, no te olvides de los gemidos de tu madre- diremos con el Espíritu Santo en el libro del Eclesiástico; no malogres la compasión de aquella que es toda compasión para contigo; y en la pena tristísima que te cause la pérdida de las personas queridas y en tu pos-trer agonía y lucha con la muerte, no te olvides de los gemidos de tu madre; avalora y santifica los ayes y dolores, uniéndolos a los de tu madre, y al contemplar a Jesús que descende de la Cruz y es colocado en el regazo de la Madre, saluda a esa Madre Dolorosa con la salutación angélica «AVE MARIA» para que puedas dirigirle después con santa paz y alegría, la salutación pascual «REGINA COELI LAETARE ALLELUYA: AMEN».

Simbolismo de las Procesiones

Por Francisco Barquero Lomba

El amor cuando quiere comunicarse, busca nuevas expresiones. Los mismos hechos, mudos para los que no aman, sirven de vehículo para expresar sus sentimientos. En una palabra, son los símbolos como hechos representativos de las ideas, el verdadero lenguaje de los buenos amadores.

Por esto Jesús, porque nos amaba, buscó en su Pasión pasar por una serie de dolorosos sufrimientos; que además de su valor redentor, tienen a los ojos de la humanidad, un sentido ampliamente significativo.

Diríase que la Pasión y Muerte del Señor es una obra de arte, un fuerte drama que no puede por menos que emocionar a los que le contemplan.

En el fondo, los últimos días de Jesús fueron la Misa que como Supremo Sacerdote ofreció al Padre. Hay en su obra, rito sangriento; hay dramatismo inolvidable, hay espectáculo de impresión honda.

Este singular patetismo de la Pasión y Muerte, de la Misa del Señor, es el que ha otorgado a la liturgia de la Iglesia, el singular atractivo sobre las gentes, que a lo largo de las generaciones, sin entender apenas el lenguaje sagrado de las ceremonias, asisten año a año, día a día, a las solemnes y diarias conmemoraciones.

En fin de cuentas, eso mismo vienen a ser las Procesiones de Semana Santa; lo que fueron también desde la Edad Media los Autos Sacramentales del Teatro religioso; la conmemoración popular, hecha simbólica literaria o escultural, de los grandes sucesos por los que habló en Getsemaní y en el Monte Calvario, el amor del Corazón de Jesús.

Escucha, oh cristiano, sus palabras silenciosas; y cuando tomando parte o contemplando la Procesión, veas de cerca a la Sagrada Víctima, dile desde el fondo de tu corazón: Te amo.

VIIERNES SANTO

POR LUIS MANZANARES

"LUMAN"

En una peña podrida de las afueras has agonizado, Señor. Desde la Cruz oías y veías el júbilo de los caminos y de la ciudad. Dentro, en el frescor de las fuentes, los albiges, de los toldos y bóvedas, en los cenáculos y portales, la multitud se sentía buena, exaltada de amor a la tierra que Tú, Señor, le prometiste. La tierra retoñaba en los días tibios y claros de Nisan...

Polvo y estiércol de ganados; camellos inmóviles mirando al fuego donde cuecen el pan de la Pascua las mujeres de los aduares; gusanera de hijos entre pienso, cántaras y andrajos; vírgenes descalzas, de cabelleras que relucen de aceites, y encima, un ánfora recta y roja sobre el azul; viejos de sudario pringoso, que hunden sus ojos amargos en los mercaderes sirios, fellats con callos de bestias, gentiles y ramera que muerden naranjas. No caben en la ciudad y se amontonan en los eriales; y de rato en rato, se vuelven hacia el cerro de la ejecución. Algunos suben; miran los contornos de Jerusalén; pasean conversando bajo las cruces; reparan en una mueca, en una llaga, en una deformidad de un ejecutado, pues saben que el suplicio suele ser lento.

No te conocían, Señor. Estabas solo; los que te siguieron te dejaron; y escondidos en la ciudad también aguardaban y querían que todo acabase.

La ciudad, la obra de los hombres y lo menos humano, te mataba.

En los senderos de las aldeas, en los campos de viña, en la ribera del Genezareth, vivías confiadamente. Para presentir un peligro te había de llegar la palabra de la ciudad o habías de volver tus ojos hacia el horizonte árido y duro que ocultaba la ciudad que mata a los Profetas; la que Tú quisiste proteger bajo tus alas, como hace el ave con sus crías recién nacidas.

Mañanas de los egidos que huelen a tahona. Siestas en un hortal galileo, olor de verano bajo higueras calientes. Tardes en los oteros; las gencianas, el cantueso, las alhucemas, los lirios perfuman la orla de la túnica. Noches de las orillas del lago; aliento de la sal. Estrellas; anchura callada.

En aquel tiempo, Señor, ¿no se estremecían tus entrañas de hombre dentro de una llama gozosa que subían calentando las cumbres de tu divinidad? ¿No pasó delante de tus ojos una promesa bien del mundo que Tu modelaste, de la hermosura de los corazones, sin exigir el sacrificio de tu cuerpo? Te rodeaban las gentes creyéndote por amor, y en sus ojos Tú veías el júbilo honrado del paisaje, una humedad de lágrimas que te pedían la gracia y la salud; bebían la presencia tuya. Casi ya sonreíste, mirando hacia tu Padre que está en los Cielos, y casi ya le dijiste, mostrándole a sus criaturas:

—¡Son mejores, Padre; son mejores de lo que Tú y Yo creíamos en la soledad de la gloria! ¿Es que no será menester que yo muera?

La invocación que hiciste al Padre en la última noche estuvo a punto de prorrumpir, entonces de tu boca, mojada de la delicia de las frutas y de la lluvia recogida en las cisternas. En aquel tiempo, hubo horas dichosas para anticipar la plegaria, no solo protegiendo a los once que permanecieron a tu lado y que después huyeron de Tí, si no amparando a todos. Yo en todos, Padre, y Tú en mí.

Lo has ido recordando bajo los Olivos y la luna de Gethsemaní, y ahora en la Cruz, desamparado y sediento.

Se oye un grito de desconsuelo de hombre y de Dios: —¡Oh Padre, es menester que yo muera!

Mueres desnudo, encima de un cerro que parece una vértebra monstruosa y calcinada. Tus fauces, de una sequedad de cardencha, asierran el aire; tus oídos se cuajan de sangre, cerrándote de silencio, silencio con un tumulto de latidos de cráneo, y calla para Tí la tierra que tanto amaste, y el cielo donde ya no ves el camino que te trajo a los hombres; silencio de agonía, con un zumbido de moscas que chupan el sudor de los moribundos.

Un vaho de costra humana ha subido a tu nariz aguda de cadáver.

Han matado en Tí el hombre que era el arca de Dios, y quedará el rito y la doctrina intacta.

Fué entonces la hora propicia; porque, en estos tiempos, Señor, no te clavarían; ahora te dejarían morir solo, y quizá ya te negaras a resucitar.

...Las doce. La hora sexta. Las Siete Palabras, un sermón para cada uno de los siete gritos de la agonía de Jesús.

Señor: tus gritos de moribundo, gritos de entrañas hinchadas por las enfermedades que súbitamente engendra el tormento de la Cruz; tus gritos convulsos de fiebre bajo el sol de la siesta de Nisán, tus gritos de abandono en una Cruz viscosa de gangrena y de sudores de tu desnudez, son el origen de las siete curvas oratorias. De las torres de la ciudad sale el vuelo de las horas encima del silencio del Viernes Santo.

Y por la noche, después de la procesión del entierro de Cristo y de los Sermones de la Soledad, la ciudad también semeja cerrada como un patio muy grande y lleno de luna, la luna redonda que se quedó mirando el sepulcro del Señor.

...Y antes de cenar, en mis tiempos mi Señor, ¡cuando aún ni una sola vez te había perdido!, los niños recortaban las aleluyas del toque de Gloria...

VIERNES SANTO

El Divino Caminante

Pasó una mañana por mi huerto
y en el sembro flores de pureza,
que ahogó entre sus espinos la maleza
de que estaba cubierto,

Sentado en el umbral de mi cabaña
le ví pasar, ¡Oh víctima inocente!
con corona de espinas en la frente,
y en la mano una caña.

En tu huerto han cortado, me decía,
señalando la caña y los abrojos,
y volviendo hacia mí sus tristes ojos
caminando seguía.

Una tarde oí un gemido,
salí ansioso, y le ví junto a mi puerta
de sangre y sudor la faz cubierta,
bajo la Cruz caído.

En tu huerto han cortado este madero,
me dijo tornando a su porfía,
y volviendo hacia mí sus dulces ojos
caminando seguía.

Otra noche, llamaron a mi puerta,
fuí a abrir, más de pronto arrepentido,
será dije, que el viento la ha movido?
¿la habré dejado abierta?

Me asomé al despertar por la mañana,
y allí estaba cubierto de rocío,
esperando a que abriera el amor mío
al pie de mi ventana.

Abreme, con la mano en la aldaba repetía,
estoy cansado,
la marcha ha sido dura, el trecho largo
y la noche fría.

Mira este corazón que tanto te ama
me dijo en tono lastimero,
si tomarlo quieres, eres su dueño,
él tan solo de tí amor reclama.

Y abriendo con la mano
la herida de su amante pecho,
mostróme su corazón deshecho,
mi dulce enamorado.



Paso de la Hermandad de Jesús Triunfante que sale el Domingo de Ramos

P **R** **I** **E** **G** **O** **N**

Por estimarlo de interés para nuestros lectores, y por acuerdo de la Junta de Hermandades, publicamos a continuación el pregón pronunciado por D. José Andrés Lozano.

Hermanos cofrades: Turolenses todos:

Es el tercer año que en el Sábado de Pasión venimos celebrando este solemní-
simo acto constituyendo ya, por hondamente popular, una tradición más, que carac-
teriza y distingue las costumbres de un pueblo.

No son lejanos aquellos tiempos en que la frialdad y la indiferencia, eran la
nota dominante de todas las manifestaciones externas de nuestra sacrosanta Reli-
gión, con lamentable olvido de aquella máxima evangélica de que «a Dios, autor
y vida de todo lo creado, hay que adorarle en espíritu y en verdad y en to-
das las partes».

El hombre, desde su creación, ha sentido siempre la necesidad de manifestar
públicamente sus más íntimas creencias como el mejor modo de confesar y rendir
culto a la Divinidad. No otra cosa son los sacrificios de animales al aire libre, ofre-
cidos por el pueblo hebreo, y sus largas peregrinaciones, llevando a hombros el
Arca de la Alianza, portadora de las Tablas de la Ley, de la vara de Aarón y de
una pequeña cantidad de maná. Y en los pueblos paganos no faltan sus procesiones
de antorchas iluminando el paso de Júpiter o de Diana por las calles de Efeso, de



Paso de la Hermandad de Jesús en el Huerto

Eucaristía en la deslumbrante fiesta del Corpus Christi; con procesiones se honran nuestros santos y patronos, y procesionalmente recorren nuestras calles los Pasos representativos de la Redención como necesidad imperiosa de manifestar públicamente el fundamento de nuestras creencias.

El fatal y pernicioso liberalismo, que, en contra de la ley natural, reducía la religión al culto privado, consiguió que fuesen decayendo estas tradicionales procesiones hasta el punto de parecer extinguirse por falta de asistentes. Pero bastó que se levantara el viento de la persecución para avivar el fuego de nuestras creencias y despertar nuestros entusiasmos. Fué un grupo de jóvenes de Acción Católica, en el año 1935, el que, arrostrando todos los obstáculos, superando todas las dificultades, rompiendo con la frialdad que nos dominaba, restableció la Hermandad del Santo Sepulcro, cubrióse con el hábito de penitente y junto con la Hermandad de la Sangre y de la Vi-

Atenas o de Roma. En todos los tiempos y en todos los pueblos, el culto externo ha constituido el motivo principal de sus fiestas y solemnidades.

También nosotros, los católicos, hemos tenido desde los primeros momentos, nuestras públicas manifestaciones. Los primitivos cristianos recorrían, cantando salmos, el circo romano y aquellos sitios donde habían dado su sangre los protomártires de la religión. En procesiones, solo interrumpidas por conflictos bélicos, se han venido visitando los Santos Lugares; procesionalmente se lleva el Misterio de la Sagrada



Un hermano de la Hermandad de la Oración de Jesús en el Huerto de los Olivos



He aquí al Hombre
Paso perteneciente a la Her-
mandad de la Sangre

lla Vieja, la más antigua conocida y también para gloria suya la que en todos los tiempos había perseverado, se dió el primer impulso de fervor, de esplendor y de magnificencia a nuestras históricas y conmemorativas procesiones de Semana Santa.

Después del trágico paréntesis de nuestra guerra, no tardaron en surgir otras Cofradías, como la de la Soledad, tan pujante y tan numerosa, la grave y austera de los Nazarenos, compuesta principalmente por obreros; la alegre y colorida cofradía infantil de la Entrada Triunfante de Jesús en Jerusalem; la juvenil y devota de la Oración del Huerto y, por último, la Cofradía del Descendimiento, de tanto realce y vistosidad.

Todavía falta por fundar otras Hermandades, pero hoy ya se puede presentar a los ojos de todos, como modelo y ejemplaridad, este cuadro magnífico y maravilloso que forman todas las Cofradías juntas y que es el mejor Pregón que pudiera hacerse de la Semana Santa Turolense.

Variedad de Cofradías, diversidad de hábitos, notas distintas de un solo poema, sentido e inspirado en el amor más santo, en el dolor más trágico de la muerte de un Dios.

En la pena y en el dolor es donde se forjan las amistades más íntimas, los sentimientos más elevados y los afectos más puros. En el dolor es donde los corazones se unen y se funden las almas. Por eso Cristo, infinito amor, que había multiplicado los panes y los peces, acallado las tempestades, sanado a los enfermos y resucitado a los muertos, para sellar su unión indisoluble con los hombres y que todos fuéramos una misma cosa por la Caridad, se entrega voluntariamente a la muerte más dolorosa. Y es en el infinito dolor de la Cruz donde nace el amor entre los hombres, donde desaparece la esclavitud denigrante, terminan las luchas sociales y se borran las diferencias de clase.

Había llegado la plenitud de los tiempos. El mundo parecía acabarse envuelto en el sudario de la corrupción más envilecida. La ley natural había dado paso a los más bajos instintos y la ley humana se había trocado en la más cruel



Un detalle del Paso del Ecce-Homo, perteneciente a la Hdad. de la Sangre



Un hermano de la Herman-
dad de la Sangre

tiranía. Las clases privilegiadas, enriquecidas por el botín de las guerras y por el tráfico inhumano de esclavos, se entregaba con el sombrío Emperador Tiberio, a orgías que jamás había presenciado el mundo, mientras el pueblo, famélico y hambriento, se rebelaba pidiendo pan y juegos. Al amparo de las múltiples religiones paganas se cometían los más abominables crímenes, y hasta la religión verdadera y revelada por Dios, que conservaba el pueblo judío, había sido conculcada por la

soberbia y por la hipocresía de sus sacerdotes.

En medio de aquel universal desorden, se deja oír por las calles de Jerusalén y en la mañana del Parasceve de la Pascua, un trágico y singular Pregón anunciando la condena a muerte de un hombre llamado Jesús, que se decía Rey de los Judíos y se creía «Hijo de Dios».

Ninguna inteligencia humana podía sospechar siquiera que aquel memorable Pregón, que a todos los vientos se lanzaba el año 33 de nuestra Era, iba a cambiar por completo la faz de los pueblos, sucediendo al brutal materialismo de una civilización pagana, la suave y apacible religión del amor, que invitaba, con fuerza irresistible, a la conciliación, al arrepentimiento y a la penitencia.

Y cuando caían los circos y los templos de los falsos dioses sepultando entre sus escombros la malicia y la perversidad del mundo antiguo, la nueva y austera virtud cristiana levantaba sus castillos y sus fortalezas en cenobios, monasterios y abadías.

Llega el siglo XVI con la Contrarreforma, y el espíritu penitencial de nuestra religión, por exigencias de los nuevos tiempos, sale de los claustros y de las celdas y hace acto de presencia en las calles y plazas públicas. Vibran reiteradamente las exhortaciones pastorales con el clamor de que «más méritos tiene considerar la Pasión de Cristo, que visitar Tierra Santa, ayunar a pan y agua todos los viernes



Un detalle de la hermosa escultura de Jesús Nazareno



Un hermano de la Hermandad de
Jesús Nazareno

De estos grupos de penitentes, cofrades de luz y de sangre, se formaron las Hermandades y a ellas se unieron las Asociaciones ya fundadas en Teruel desde su reconquista, como la de la Villa Vieja, de carácter caritativo y social, en la que sus asociados eran protegidos en la desgracia, en la enfermedad y en la vejez, llegando esta protección hasta más allá de la muerte con los sufragios piadosos y la cristiana sepultura.

Los estamentos gremiales, fortalecieron y dieron vida pujante a las Cofradías de Semana Santa, y aunque fueron los gremios los que realmente las crearon tal y como hoy las conocemos, no desaparecieron con aquéllos, porque arraigadas en el corazón de la Historia de España, donde no llegan los arañazos de los sectarios, se han venido transmitiendo de generación en generación como algo consustancial a nuestro modo de vivir. Y los nueve mil pueblos que existen en España,

por espacio de un año o tomar todas las semanas una disciplina de sangre». Y, entonces, surgen las nuevas Hermandades para cumplir una finalidad religiosa y social: «renovar con el desfile de los misterios de la Pasión, la memoria del augusto sacrificio en los corazones de los fieles y servir de freno a la impiedad y al paganismo».

En el umbral de la tradición, vemos, como nos dice un renombrado escritor, «aquellos cortejos penitenciales que recorrían nuestra Ciudad, en la Semana Santa, acompañando a una imagen, en traje de oración y penitencia. Una burda túnica de lienzo, negro o blanco, cubría el cuerpo, y el rostro se tapaba con el antifaz porque estaban prohibidas las maceraciones con la cara descubierta. Los penitentes llevaban los pies descalzos y se azotaban las espaldas con fuertes golpes de disciplina al terminar cada uno de los diez salmos del salterio en memoria de la sangrienta flagelación que sufrió el Redentor. A estos tristes y fúnebres cortejos asistían, también, los hermanos llamados de «luz» con hachones que iluminaban siniestramente las estrechas calles y arrancaban fugaces reflejos a las imágenes y misterios que recortaban su silueta sobre el negro lienzo de la noche».



Un detalle del Paso del Descendimiento
de Jesús de la Cruz

desde la pequeña y apartada aldea, hasta la Capital más populosa, continúan vi-
viendo intensamente, a través de sus procesiones, el augusto drama del Calvario,
rivalizando en fervor y en magnificencia y dando motivo a la lira de nuestros poe-
tas para cantar nuestra piedad profunda en inmortales versos; proporcionando oca-
sión para que los pinceles de nues-
tros pintores, dejaran impresos en
lienzos, con admiración y asom-
bro de los extraños, los misterios
de la Pasión del Señor en forma
conmovedora e inigualable; y sien-
do, por fin, motivo y ocasión para
que el genio de nuestros imagine-
ros haya dejado immortalizado el
arte en tallas maravillosas con el
dogma de la Redención.



Cruz-guión de la Hermandad del Descendimiento

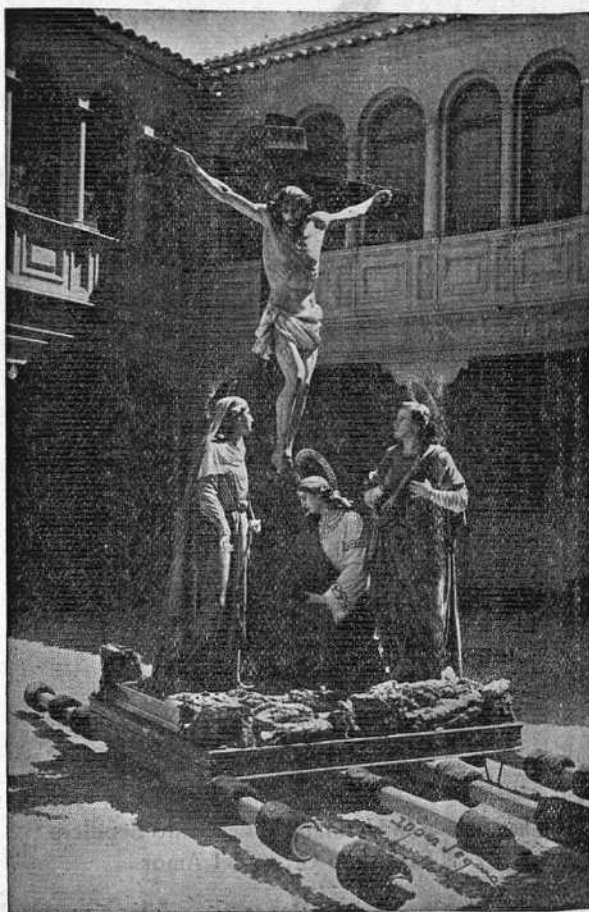
España había compuesto con
San Pedro de Mesonzo la Salve
Regina; había creado el Rosario
con el genio apostólico y litúrgico
de Santo Domingo de Guzmán, y
con el herido de Pamplona y ana-
coreta de Manresa, el sabio libro
de la vida interior, y para que no
faltase nada a nuestra naturaleza
humana y sensible, supo por pro-
videncial inspiración, producir so-
netos como aquél atribuido a San
Juan de la Cruz de «No me mueve
mi Dios para quererte»; cuadros
como el Cristo de Velázquez, y
Pasos y tallas como las de Mon-
tañés, Juan de Mesa, Salcillo y
tantos otros.

Esta es la fe de un pueblo. Fe
tan grande que llena todas las ma-
nifestaciones de la vida, que ins-
pira todos los sentimientos del
arte. Fe tan grande que no cabe
bajo las góticas naves de sus es-
paciosas catedrales y hace de las
calles claustros y de las plazas
iglesias, pues ya lo dijo el poeta
«no es mi patria un cementerio,
pero un templo sí lo es».

Templo ha sido toda nuestra
Ciudad durante las pasadas jornadas misionales de imborrable memoria, y todo
templo va a ser estos días en los que van a desfilar, en graves y alegóricos cortejos,
las procesiones, cuadros vivientes y sentidos de la Pasión y muerte del Señor.

Primero, los hosannas, sinceros y puros de los niños, de cuyos inocentes labios,

como profetizó el salmista, salieron las más perfectas alabanzas, son los que vienen a transmitirnos la axiomática verdad de lo feliz que es un pueblo y la satisfacción que siente cuando obra el bien, alabando a su Dios. El mismo Domingo de Ramos, la Cofradía de los Nazarenos y la Cofradía de la Soledad, nos harán pensar en el amado Discípulo y en las santas mujeres de Jerusalén, cuando acompañaban hasta el Calvario, en medio de la deserción de unos y de la indiferencia e ingratitud de otros, al Hijo más bueno y a la Madre más Santa. Veremos el cortejo vespertino del Lunes Santo, impresionando en nuestra memoria y en nuestro corazón, aquella sublime Oración del Huerto, la más tierna y hermosa que escucharon los siglos, por la que Jesucristo, hace entrega total de su vida y de su voluntad, a la voluntad divina del Padre. En el Martes Santo los Nazarenos, serán como el Cirineo, los que salgan para ayudar a Cristo a llevar su pesada Cruz. El Miércoles Santo, esta misma plaza, centro y corazón de Teruel, donde todos los turolenses nos damos cita para las grandes fiestas y solemnidades, se convertirá en Vía Dolorosa para meditar y llorar el martirio de Cristo Rey, el Hijo de Dios, que como dijo un filósofo del pasado siglo fué «tan perfectamente hombre que Dios descargó sobre El todas sus iras, y al mismo tiempo, un hombre tan perfecto que bastó para salvar a todos los hombres».



Paso del Cristo del Amor de la Hdad. del Santo Sepulcro



Jesús yacente en el Sepulcro

Y por fin, los días grandes del Jueves y Viernes Santo; los días en que la tristeza y el dolor hacen enmudecer a toda la Ciudad que contempla, en el más impresionante silencio porque nuestra tierra no ha encontrado ni música ni lenguaje para expresar su dolor, el paso, por sus mudéjares calles, de los augustos misterios de la Redención, acompañados, como en visión magnífica y majestuosa, por todas las Cofradías juntas en interminables fi-



Un hermano de la Hermandad del Santo Sepulcro
y del Santísimo Cristo del Amor

las y en estrecha unión; las distingue el hábito, pero las une esa fuerza invisible de la Caridad por la que Cristo quiso se conociesen a sus verdaderos discípulos.

Estas procesiones constituyen el gran Pregón que va anunciando a todos el precepto del amor entre los hombres, hecho posible por la sangre Redentora del Hijo de Dios, y quisiéramos también que este Pregón, que hoy nos congrega y nos une, llegase y uniese a todos los pueblos del mundo, para que no haya telones de acero, ni bloqueos de hambre, ni persecuciones religiosas, ni luchas de razas, ni guerras civiles; quisiéramos que este Pregón llegase a la conciencia de todos los hombres para que desaparezcan los odios, las ambiciones, los egoísmos y las injusticias, y que, atraídos por el amor y el dolor infinito de la Cruz, se abracen a ella para recibir el ósculo de paz del Divino Crucificado que nos espera a todos con el pecho y los brazos abiertos.

No quisiera terminar mis breves palabras, sin rendir público homenaje a la mu-



Paso de María Santísima de la Soledad



Un hermano de la Hermandad de Nuestra
Señora de la Soledad

jer turolense, que tanto ha contribuido al resurgimiento de nuestras Hermandades y de nuestra Semana Santa. Ella ha sabido, en improvisados talleres, confeccionar los primeros hábitos de nuestras Cofradías, y el sello de sus manos delicadas aparece, todos los años, en el adorno primoroso de nuestras imágenes y de nuestros Pasos, dándonos en todo momento ejemplo de piedad y de generosidad sin límites. Para ella, para la mujer turolense, sin la cual no se concibe ni la historia ni la fama de Teruel, nuestra más emocionada y rendida gratitud. Su nombre irá siempre unido a la historia de nuestras Cofradías.

Y, por último, en nombre y representación de la Junta de Hermandades, invito con el mayor honor y la más grata complacencia, a todos, propios y extraños, que nos honran con su presencia en estos días, para que concurran a los actos de la Semana Santa que tendrán lugar, Dios mediante, con arreglo al programa que ya ha sido repartido profusamente, esperando vuestra devota asistencia para mayor Gloria de Dios y bien de nuestro pueblo, de este Teruel, cuna de nuestra vida y expresión sincera de todos nuestros amores.

Nuestra portada

Reproducimos en nuestra portada un detalle de Jesús Crucificado, obra del afamado artista Joli, que se venera en el Altar Mayor de nuestra Catedral, y que ha sido fotografiado por el Sr. Fernández.

In memòria

Tres de nuestros más entusiastas colaboradores han pasado en el espacio de un año a mejor vida.

Dios, en sus inescrutables designios, ha permitido que la muerte implacable segara sus vidas, llamándoles a su Presencia para darles aquella imperecedera vida que tiene reservada a los que bien le sirvieron.

Cuando aún estaba fresca la tinta de los hermosos versos que para «PASION» escribiera el año pasado, nos vino la triste noticia del fallecimiento de la Excelentísima Sra. D.^a PILAR MILLAN ASTRAY, virtuosa dama que había forjado su alma piadosa en el yunque de las más dolorosas adversidades, sirviendo en todo momento a la Religión y a la Patria.

Más tarde, una traidora enfermedad nos arrebató en plena juventud al Rvdo. P. JOAQUIN TOMAS LOZANO, esclarecido Sacerdote Paúl, turolense insigne, cuyo amor a la tierra que le vió nacer fué tan grande que sin duda presintiendo la hora suprema, Dios le permitió venir a exhalar su último suspiro en este Teruel de sus amores.

Luchó y trabajó hasta caer en la brecha, con el valor de un soldado y la serenidad del justo. Una de las facetas de su apostolado fué su preocupación por el resurgir de la Semana Santa turolense, al cual contribuyó con su dinámico entusiasmo.

Por último, días atrás dejó este mundo D. MARIANO VALERO COLLADO (DR. CALVO), patricio y decano de los poetas turolenses, varón de recio temple aragonés, cuya nobleza de corazón le hizo ser querido y respetado por cuantos tuvimos la suerte de conocerle.

«PASION», al reiterar a los familiares de estos tres beneméritos colaboradores el testimonio de su pena, pide a todos sus lectores una oración ante Jesús Crucificado, para que les conceda el descanso eterno.

Programa Oficial

de los cultos de la

Semana Santa en Teruel

SABADO DIA 1.º DE ABRIL

A las OCHO Y QUINCE.—Por la Junta de Hermandades de Penitencia se hará el pregón de Semana Santa por D. Gaspar Lázaro, con asistencia de todas las Cofradías, que se concentrarán en la Plaza de Carlos Castel.

DOMINGO DE RAMOS

A las nueve y media.—En la Santa Iglesia Catedral

Horas Canónicas.—Bendición de Palmas y Ramos por el Excmo. Sr. Obispo.—Procesión Claustal y Misa solemne con sermón.

En Santa María de la Catedral.—A las NUEVE. Bendición de Palmas y Ramos y Misa.

En San Miguel.—A las OCHO Y MEDIA, Bendición de Palmas y Ramos.

En San Andrés.—A las NUEVE Y MEDIA, Bendición de Palmas y Ramos.

En San Martín.—A las ONCE Y MEDIA, por la Cofradía de Jesús Triunfante, Bendición de Palmas y Ramos, Misa y procesión.

A las cuatro.—V. O. T. de San Francisco

PROCESION (partirá de la Iglesia de San Francisco)

VIA-CRUCIS en el Calvario, a las cuatro.

A las SIETE Y MEDIA, Vía-Crucis y Miserere solemnes con sermón en el Santísimo Cristo del Salvador.

LUNES

A las OCHO, Procesión de La Oración

del Huerto. Partirá de la Iglesia de San Martín.

MARTES

A las OCHO, Procesión de la Cofradía de Jesús Nazareno. Partirá de la Iglesia de San Miguel.

MIERCOLES SANTO

A las ocho de la noche.—Hermandad del Santo Sepulcro

SANTO ROSARIO y VIA-CRUCIS. Partirá de la Iglesia Capitular del Salvador. Las estaciones serán explicadas por el Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo.

JUEVES SANTO

A las SIETE de la mañana, Vía-Crucis por la Hermandad del Descendimiento. Partirá de la Iglesia Parroquial de San Andrés hacia el Viaducto, recorriendo las calles Carretera de Valencia, San Vicente de Paúl y José Torán, para regresar a la misma Parroquia. A continuación la Hermandad asistirá en Cabil-do a los Divinos Oficios.

Divinos Oficios

A las NUEVE.—En la Santa Iglesia Catedral Misa Pontifical y consagración de los Santos Oleos.

A las NUEVE.—En Santa María de la Catedral (Iglesia del Salvador).

A las OCHO Y MEDIA.—En San Andrés.

A las OCHO Y MEDIA.—En San Miguel.

A las SIETE Y MEDIA.—En Santa Teresa (Carmelitas)

A las SIETE.—En Santa Catalina.

A las NUEVE.—En San Francisco.

En la Santa Iglesia Catedral

A las TRES.—LAVATORIO, oficiando el Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo que predicará el sermón del Mandato.

A las CINCO.—Oficio de las Tinieblas.

A las CINCO.—Oficios de las Tinieblas en San Francisco.

A las CINCO.—Hora Santa en San Miguel.

A las SEIS Y MEDIA.—Hora Santa en la Santa Iglesia Catedral.

A las SIETE Y MEDIA.—PROCESION GENERAL, presidida por el Excmo y Reverendísimo Sr. Obispo, por el Ilmo. Sr. Presidente, Sr. Secretario de la Junta de Hermanidades y Autoridades, partirá de la Iglesia de San Martín, donde deberán reunirse todas las Cofradías excepto la del Descendimiento que no sale este día, y recorrerá las calles siguientes: Amantes, Plaza de Carlos Castel, dando la vuelta por la Cruz, calle del Salvador, Paseo del Generalísimo, Glorieta, calle Valencia, Plaza de San Juan, calle de San Juan, Plaza de Carlos Castel, dando la vuelta por la Cruz, calle de los Amantes hasta San Martín.

En la Iglesia Capitular de San Martín

Noche, a las ONCE Y MEDIA.—Vigilia de la Adoración Nocturna.

VIERNES SANTO

A las SIETE.—Via-Crucis por el Arrabal (partirá de la Iglesia de San Miguel) y a continuación los Oficios.

A las OCHO.—Sermón de la Bofetada en la Santa Iglesia Catedral.

A las OCHO Y MEDIA.—Misa de Presantificados en San Andrés.

A las NUEVE.—Id. id. en el Salvador.

A las SIETE Y MEDIA.—Id. id. en Santa Teresa.

A las SIETE.—Id. id. en Santa Catalina.

A las NUEVE.—Id. id. en San Francisco.

A las NUEVE.—SANTOS OFICIOS en la

Iglesia Catedral, oficiando el Excmo y Reverendísimo Sr. Obispo.

A las TRES.—Sermón de las Siete Palabras, en la Iglesia de San Francisco.

A las CINCO.—Sermón de la Pasión en San Miguel.

A las SEIS.—Miserere, Via-Crucis y Sermón de la Soledad en el Salvador.

A las SIETE Y MEDIA.—PROCESION GENERAL, presidida por el Excmo y Reverendísimo Sr. Obispo, por el Ilmo. Sr. Presidente, Sr. Secretario de la Junta de Hermanidades y Autoridades. Partirá de la Iglesia de San Martín, donde deberán reunirse todas las Cofradías, y recorrerá las calles siguientes: Calle de los Amantes, Plaza de Carlos Castel, dando la vuelta por la Cruz, calle de San Juan, Plaza de San Juan, calle de Valencia, Glorieta, Paseo del Generalísimo, calle de José Antonio, Plaza de Carlos Castel, dando la vuelta por la Cruz, calle de los Amantes hasta San Martín.

A continuación todas las Hermandades asistirán en San Martín al sermón de la Soledad.

SABADO DE GLORIA

Misa de Gloria

A las SEIS Y MEDIA.—En Santa Teresa y Santa Catalina.

A las OCHO Y MEDIA.—En la Catedral, Misa a las DIEZ.

A las OCHO.—En la Iglesia del Salvador, Santos Oficios. A las NUEVE, Misa, a las NUEVE Y MEDIA Comunión.

A las OCHO Y MEDIA.—En la Iglesia de San Andrés.

A las OCHO.—En la Iglesia de San Miguel.

A las OCHO.—En la Iglesia de San Francisco.

DOMINGO DE PASCUA

A las DIEZ.—Misa Pontifical y Bendición Papal en la Santa Iglesia Catedral en la que predicará el Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo.

A. M. D. G.

Abril del año 1950.

